

# DINÁMICA SOCIAL, PAISAJE Y TEORÍA DE LA PRÁCTICA. PROPUESTAS SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD IBÉRICA EN EL ÁREA CENTRAL DEL ORIENTE PENINSULAR

*SOCIAL DYNAMICS, LANDSCAPE AND PRACTICE THEORY. PROPOSALS ON  
THE EVOLUTION OF IBERIAN SOCIETY IN CENTRAL EASTERN IBERIA*

IGNACIO GRAU MIRA (\*)

## RESUMEN

Recientes estudios sobre los paisajes de la Edad del Hierro en el área de la Cultura Ibérica han permitido elaborar sólidos modelos teóricos sobre la dinámica social de sus distintas comunidades. Partiendo de estos planteamientos, en especial del modelo de sociedad clientelar desarrollado por Ruiz y Molinos, proponemos nuevos matices y analizamos la dinámica social del área oriental de Iberia. Adoptamos una postura basada en la teoría de *Agency* con la finalidad de comprender el desarrollo del modelo social y las variaciones observadas debidas, en nuestra opinión, a la participación de los agentes. A través del análisis del paisaje y elementos significativos que se relacionan con la materialización de la ideología, exploramos la estructura de la sociedad ibérica en la región de estudio.

## ABSTRACT

*Recent studies on Iberian Iron Age Landscape have developed new theoretical proposals about the social dynamics of the Iberian society. Starting from these approaches and taking into account the model of client society developed by Ruiz and Molinos, we propose new insights and analyze the social dynamics in eastern Iberia. We adopt an agency-based approach in order to understand the development of the model of Iberian society and the variations observed, in our opinion, by agent participation. Through landscape analysis and significant elements related to ideology materialization, we scrutinize the structure of the Iberian society in the study region.*

(\*) Dpto. de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua, Filología Griega y Filología Latina. Universidad de Alicante. Apartado de Correos 99. E-03080 Alicante.

Recibido: 2-X-06; aceptado: 15-III-07.

**Palabras clave:** Teoría de la Agencia. Época Ibérica. Sociedad clientelar. Área oriental de la Península Ibérica.

**Key words:** *Agency Theory. Iberian Iron Age. Client Society. Eastern Iberian Peninsula.*

## 1. UN PARADIGMA EMERGENTE: LA INCORPORACIÓN DE LOS AGENTES AL ANÁLISIS SOCIAL (1)

El análisis de la expresión espacial del sistema sociopolítico ibérico ha sido el centro de atención de los trabajos de un buen número de autores que constituyen un frente investigador de gran interés (2). Entre estos estudios queremos destacar los de A. Ruiz y J. Sanmartí que en una serie de recientes trabajos han planteado, individualmente y en colaboración, síntesis sobre la evolución de las sociedades ibéricas y su reflejo en la ordenación del paisaje y del poblamiento (Ruiz 1998; 2000; Ruiz *et al.* 2001; Ruiz y Sanmartí 2003; Sanmartí 2001, 2004; Sanmartí y Belarte 2001). Cabe indicar que los citados autores parten desde perspectivas teóricas muy dis-

(1) El trabajo que ahora presentamos se ha beneficiado de los comentarios y sugerencias realizados por los Drs. T. Chapa, S. Gutiérrez y J. Jover, y de los dos evaluadores anónimos de la revista *TP*. A todos ellos queremos agradecer sus críticas que hemos tratado de incorporar a nuestro trabajo. Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto *HUM2006-09874* del Ministerio de Educación y Ciencia.

(2) Referimos a estos estudios nos conduce a la mesa redonda de la Casa de Velázquez recogidos en el volumen editado por Berrocal-Rangel y Gardes (2001), el congreso de Ullastret, editado por Martín y Plana (2001) o el congreso de El Vendrell editado por Guitart y Palet (2003), por citar únicamente las recientes reuniones sobre el tema. También es de interés mencionar la síntesis del desarrollo sociopolítico de Almagro-Gorbea (1996).

tintas y enfatizan aspectos diferentes, pero la lectura conjunta ofrece una atractiva síntesis de gran valor. Ambos investigadores abordan el análisis de la estructura social partiendo de posturas materialistas de explicación del cambio social, pero mientras Ruiz lo hace desde el materialismo histórico, J. Sanmartí emplea teorías de índole funcionalista y neoevolucionista. Lo que une y enriquece sus análisis es el empleo de planteamientos de corte antropológico para tratar de explicar la transformación de la sociedad ibérica que se evidencia en sus realizaciones materiales. Aspectos como la evolución de las relaciones de parentesco hacia formas clientelares, el modelo de economía de prestigio, la segregación espacial de los grupos sociales o los elementos ideológicos asociados con la formalización de la desigualdad, no son aspectos nuevos en la investigación ibérica, pero adquieren solidez y se incorporan con fuerza al discurso arqueológico.

Con el referente de estas investigaciones, tanto en lo relativo a los acuerdos como a las discrepancias, nos proponemos abordar el análisis de la dinámica social de las poblaciones ibéricas de nuestra área de estudio. Nuestro trabajo sigue, difiere y complementa los citados. Es seguidor, en gran medida, de los planteamientos realizados por estos investigadores, difiere en cuanto a la perspectiva teórica y a la valoración de determinados elementos del registro arqueológico y complementa con el análisis detallado de una región de estudio que se sitúa entre el norte y el sur de *Iberia*, donde centran sus investigaciones los autores mencionados.

Sin perder de vista los encuadres estructurales descritos, nuestra propuesta pretende incorporar la perspectiva del agente dentro de su marco institucional. Esta perspectiva se alinea con algunas corrientes de interpretación en arqueología cuyos postulados señalan que la estructura social no debe ser entendida únicamente desde el punto de vista orgánico y constitutivo de la realidad objetiva de la formación sociopolítica, sino que también debe integrar los efectos agregados de interacciones individuales, es decir, atender a los actores de la realidad social. Nos estamos refiriendo a las corrientes interpretativas en torno a la *Agency Theory* (3) derivadas del pensamiento de Bourdieu (1977) y Giddens (1984), cuyo fundamento se encontraría en

(3) La traducción del término *Agency* al castellano no es sencilla, pues la acepción más frecuente de "agencia" es la de oficina de gestión, mientras que la palabra anglosajona haría referencia al verbo "agenciar": obrar de manera hábil para conseguir algo. A pesar de estas dificultades, en adelante emplearemos el término castellano de agencia.

el papel desempeñado por el individuo en el seno de las estructuras sociales (Dobres y Robb 2000; Johnson 2000: 137-139; Dornan 2002; Hodder y Hutson 2003: 93), en lo que ha venido definiéndose en el ámbito anglosajón como un *paradigma emergente* (Pauketat 2001).

Tradicionalmente las posturas objetivistas y subjetivistas de los planteamientos teóricos en ciencias sociales han tendido a polarizarse en torno a concepciones holísticas o individualistas de la sociedad. Entre las primeras se agruparían las posturas funcionalistas, marxistas, teoría de sistemas, etc., que contemplan la sociedad como una entidad que existe más allá del individuo. Como reacción a este énfasis de la sociedad como colectividad holística surgieron las teorías etiquetadas como "individualismo metodológico", en que la explicación de los fenómenos sociales debe estar basada en los individuos y sus acciones (Ritzer y Gindoff 1994: 11); en este polo se encontrarían la fenomenología y la sociología interpretativa. Sin duda, el lector encontrará en este debate sociológico las raíces de las corrientes procesual y post-procesual en arqueología, tan debatidas en diversos trabajos teóricos recientes, como el de M. Johnson (2000). Como respuesta a esta creciente polarización surgió en la década de los 70 una corriente teórica en sociología que trataba de examinar la relación integradora que une a las sociedades y sus miembros (Ritzer y Gindoff 1994: 13) y que se ha denominado Teoría de la Acción, de la Práctica o, de forma más genérica, Teoría de la Agencia.

Las corrientes de la agencia se derivan de las propuestas de la teoría social contemporánea acerca de la doble composición de la estructura social (Bourdieu 1977; Giddens 1984); en ellas se pretenden sintetizar las posturas objetivistas, plasmadas en las teorías funcionalistas y estructuralistas, y subjetivistas, representadas por las corrientes interpretativas. Estas teorías abordan la forma en que el individuo interactúa en el marco de la estructura, defendiendo que son algo más que sujetos pasivos y son agentes que contribuyen a las condiciones que aseguran la reproducción o transformación social.

Un concepto central para entender la forma de interacción sociedad-agente es el concepto de *habitus* de P. Bourdieu, un esquema individual de disposiciones internas, inconscientes, que determinan cómo el individuo percibe y actúa en el mundo y que están estructuradas y estructurando el sistema externo. En concreto, Bourdieu encuadra su *Teoría de la Práctica* dentro de los términos de dominación y

resistencia para aceptar patrones sociales de desigualdad. Giddens, por su parte, propone la *Teoría de la Estructuración*, en la que establece la relación entre la estructura social y la acción individual. Sugiere que el individuo tiende a entender y utilizar las reglas sociales, modificarlas y estructurarlas de forma creativa. De ese modo el individuo puede robustecer o transformar las reglas de la estructura social a partir de la creatividad y la innovación. Giddens define el concepto de “conciencia práctica”, que según su pensamiento, permite la acción en el seno de la estructura. Esta “conciencia práctica” es definida como un conocimiento “no discursivo” de las instituciones sociales pero, a diferencia del *habitus* propuesto por Bourdieu, no sería inconsciente.

Una de las mejores imágenes metafóricas que pretende mostrar qué entendemos por agencia la debemos al sociólogo Allan G. Johnson:

“Un futbolista no puede existir, por ejemplo, sin que exista el juego del fútbol con sus reglas y las relaciones estructuradas que se dan entre los jugadores. Pero también está claro que son los individuos quienes literalmente crean la realidad de un partido de fútbol cada vez que salen a jugar. Cuando los individuos juegan al fútbol utilizan conocimientos compartidos sobre las reglas asociadas al juego y las emplean para construir el juego como una realidad concreta. En ese sentido, existe lo que Giddens denomina estructura dual, es decir, la estructura de un sistema que proporciona a los actores individuales lo que se requiere para hacer que esa estructura sea el resultado (4)”.

Estas bases teóricas procedentes del campo de la sociología se han integrado en el análisis arqueológico con la pretensión de resituar el cambio social desde los macroprocesos de los sistemas hacia la acción del individuo en el seno de la estructura (Dornan 2002: 320). En realidad, más que con una sola teoría de la agencia nos encontramos con diversas aplicaciones arqueológicas del concepto de agente humano y que abarcan posturas neomarxistas, postprocesuales o feministas (Pauketat 2001: 79). Estas aproximaciones se mueven en un campo extenso que abarca desde el estudio de la intención individual (Hodder 2000), hasta la relación del proceso de estructuración en el conflicto social (Pauketat 2001).

(4) A. G. Johnson, 1995, *The Blackwell Dictionary of Sociology*, Oxford, p. 4. Hemos tomado esta cita del artículo de Matthew Johnson sobre la relación entre Arqueología y Teoría Social en la obra de compendio: Bintliff, J. 2001: *A Companion to Archaeology*. Oxford.

A pesar de la preocupación inicial e inherente a las teorías de la agencia de servir como una propuesta de integración entre la sociedad y sus miembros —estructuras y agentes en términos tomados de la sociología— pronto se ha producido un basculamiento individualista. El énfasis inicial que se dio al papel de la intencionalidad, y que buscaba sustentar la idea del ser humano activo por oposición al sujeto pasivo, parecía, de este modo, una argumentación al servicio de la causa postprocesual y como respuesta al viso normativo del comportamiento humano (Valera 2004: 122). En la relación entre la agencia y arqueología ha habido, en consecuencia, una vuelta al individualismo metodológico, proponiendo concentrarse en la observación analítica del individuo y sus “vidas vividas” (Hodder 2000: 23). Ya se ha advertido que estos microprocesos no pueden ser desligados de los macroprocesos de las estructuras (Dornan 2002: 311), pues de otro modo, con el énfasis en el individuo, se está negando una de las mitades de la ecuación estructura-agente (Johnson 1989: 206; 2000: 213). De esta forma, se desvirtúa la propuesta inicial de la agencia al convertirla en un nuevo espacio para la práctica narrativa y hermenéutica de algunos proyectos postprocesuales. Sin embargo, trabajos realizados desde planteamientos teóricos alejados de esta corriente incorporan los enfoques de participación de los agentes en la dinámica social, enriqueciendo las perspectivas funcionalistas (Flannery 1999) o marxistas (Saitta 1994).

El lector deducirá de lo antedicho que nos encontramos ante un concepto amplio y variado que no facilita una definición excluyente, más bien nos situaríamos ante una perspectiva ideológica que complicaría la definición de una “Arqueología de la Agencia” (Dobres y Robb 2005: 160). De ello se deriva la dificultad de aplicar al pasado el concepto en sí mismo y promover formas metodológicas concretas. Como veremos a continuación, en este caso nos centraremos en dos líneas que se incardinan en esta perspectiva. La primera sería plantear que las variabilidad observada en el seno de la sociedad clientelar ibérica pueden deberse a la variedad, de la participación de los individuos, rectores de las unidades sociales básicas en el marco de la estructura. La segunda sería referirnos a la forma de legitimar la desigualdad social mediante unas prácticas que producen la interiorización de las pautas sociales y la naturalización de un mundo desigual. Con ello, nuestro objetivo es realizar unas propuestas sobre la evolución social reivindi-

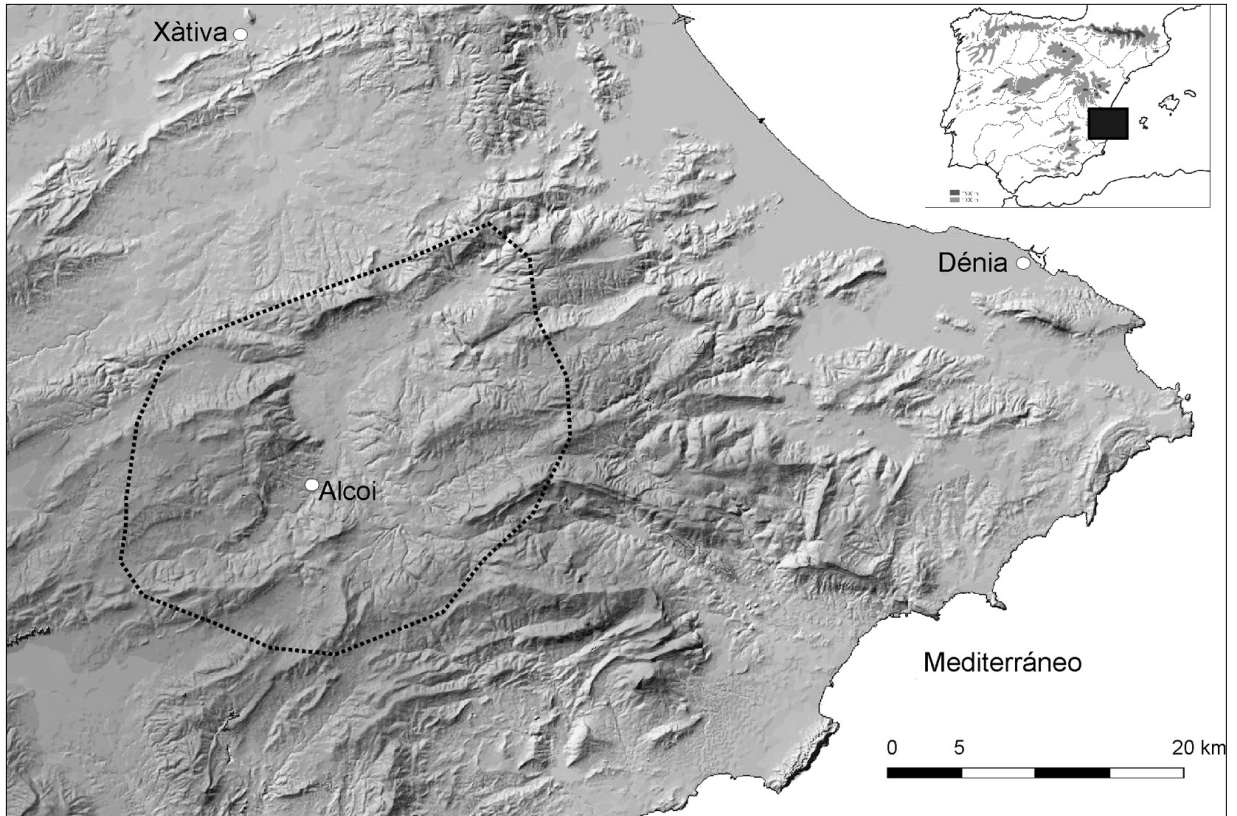


Fig. 1. Área de estudio. El sector central de la Contestania Ibérica.

cando la postura dualista de la estructura, en la que bajo determinadas condiciones sociales se pueden dar comportamientos alternativos. Para tal propósito somos conscientes de una serie de problemáticas a las que debemos enfrentarnos y que no pretendemos circunvalar.

En primer lugar, asumimos la dificultad de realizar planteamientos teóricos de procedencia disciplinar ajena, en este caso del mundo de la sociología. La dificultad posiblemente se debe a los usos y costumbres de las prácticas normativas asentadas en nuestra propia tradición arqueológica, en la que apenas existen algunas reflexiones e intentos de aproximación a nivel peninsular (5). Por regla general, nuestro entorno suele acoger con escepticismo y cierta atonía la llegada de nuevos esquemas programáticos para la investigación arqueológica, especialmente tras la inflación de posturas interpretativas.

(5) Apenas contamos con reflexiones de esta línea teórica en nuestro ámbito más cercano; posiblemente uno de los escasos ejemplos se lo debemos a Antonio Carlos Valera (2004).

En segundo lugar, debemos mencionar las dificultades que conlleva el cambio de escala en la observación de los fenómenos arqueológicos. Los efectos de una determinada estructura pueden apreciarse más claramente que los relacionados con los agentes integradores de la sociedad. Por ejemplo, la observación de la organización a la escala territorial de un determinado grupo, mediante la complejidad de su patrón de asentamiento, nos orienta sobre el nivel de centralización sociopolítica de una sociedad, mientras que es mucho más difícil evaluar la participación de la gente en el marco de dicha estructura.

Por último, cabría señalar que no pretendemos realizar una detallada descripción de los planteamientos teóricos de la agencia ni comentar sus alcances y limitaciones (6). No es éste un trabajo de corte esencialmente teórico. Únicamente tratamos de presentar de forma sucinta, acaso esquemática,

(6) Remitimos al lector interesado a los trabajos sociológicos sobre el tema (Bourdieu 1977; Giddens 1984), como a sus adaptaciones en arqueología (Dobres y Robb 2000; Dorman 2002; Robb 2004).

estos postulados de importancia creciente en otros ámbitos europeos y que apenas han sido mostrados en la investigación española.

Tras la oportuna presentación de los planteamientos teóricos, nuestro objetivo es emplear este enfoque para proponer nuevas lecturas sobre la dinámica de la sociedad ibérica en el área oriental de la Península Ibérica, en concreto las comarcas centrales de la antigua región de *Contestania* (7) (Fig. 1). A nuestro parecer, una visión desde esta perspectiva teórica nos puede servir para incorporar las particularidades de distintos modelos dentro de las teorías generales de funcionamiento de las sociedades.

La arqueología nos permite reconocer la dinámica sociopolítica que ha modelado distintas construcciones territoriales, aunque con un gran número de dificultades y situaciones ambiguas que en ocasiones dificultan las lecturas. Por lo que respecta al estudio de los paisajes ibéricos, el debate se ha centrado en los procesos de urbanización, centralización política y desigualdad social. En ese sentido, este trabajo intenta contribuir a la evaluación arqueológica del desarrollo de una sociedad desde la perspectiva de su estructura dual y, en un sentido más amplio, al debate de la aparición de los estados arcaicos durante la Protohistoria peninsular.

## 2. FORMALIZANDO PROPUESTAS: SOCIEDAD CLIENTELAR IBÉRICA, PAISAJES Y AGENTES

### 2.1. La sociedad

El nivel estructural de partida, es decir, el modelo de sociedad que asumimos, es el definido como la sociedad clientelar ibérica por A. Ruiz y M. Molinos (1993). El proceso de configuración de la sociedad clientelar parte de la relación entre las formas de agregación social y su relación con los modos de acceso a la tierra y las formas de producción y apropiación de excedentes. De forma sucinta, se resumirían como sigue.

La sociedad ibérica se fundamenta en unas relaciones de dependencia y la aparición del tributo surgido a partir de una reformulación de las relaciones redistributivas basadas en la institución del

“don”. A. Ruiz (1998, 2000), siguiendo a M. Godelier (1998), ha detallado las fases de desarrollo de la institución del don, mostrando cómo las sociedades de jefatura tipo *Big Man* evolucionan hacia formas de “don” individual y agonístico. Ello conlleva la fractura de la igualdad entre familias y el desarrollo de una competición que en última instancia llevará a la exclusión de determinadas familias que no pueden responder al “contra-don”. El resultado último es la aparición del tributo como forma de acceder al marco de reproducción del sistema (Ruiz 2000: 19). La desigualdad económica creciente hace que ciertos personajes y unas pocas familias emerjan como privilegiadas y se conviertan en las cabezas de los grupos sociales.

En segundo lugar, las relaciones de parentesco propias de la sociedad aldeana evolucionan hacia formas clientelares. Los miembros privilegiados de la sociedad emergen como los responsables del nuevo linaje. El cliente pagará un tributo por integrarse en un determinado linaje y en el sistema clientelar y con ello adquiere la posesión de la tierra en lotes familiares. No se rompían los antiguos esquemas parentales de acceso a la tierra de la comunidad, pues aparentemente es a través de ella como adquiere su derecho a la posesión de la tierra, aunque haya que pagar el tributo al patrono o aristócrata (Ruiz 1998; 2000).

Diversos autores han señalado el factor limitante del parentesco en sociedades con un creciente nivel de complejidad y crecimiento demográfico. Sin romper el marco estructural del linaje, se transforma en relaciones de clientela que amparan la dependencia. Es en cierta manera una reformulación hacia un “parentesco metafórico” (8), que ya no está limitado por las relaciones de consanguinidad sino que articula el cuerpo social a partir de las relaciones de clientela entre los representantes de las unidades familiares. La relación interpersonal carece de la base consanguínea que le infería un carácter duradero y en este marco deberá renegociarse y alimentarse con tal de atraer y mantener adeptos a cada linaje. Surge así la nueva institución de la servidumbre clientelar o el patronazgo, basado en la protección del aristócrata y la obediencia del cliente (Ruiz y Molinos 1997: 18).

Un elemento importante en esta dinámica es el papel de la ideología y los elementos simbólicos que contribuyen a sancionar el proceso de recon-

(7) Los datos concretos y los materiales arqueológicos que sostienen la síntesis que ahora presentamos han sido presentados en trabajos anteriores, especialmente en Grau Mira 2002. El lector interesado encontrará allí detalles sobre los yacimientos, datos territoriales, materiales arqueológicos, tipologías, cuantificaciones y distribuciones empleadas aquí.

(8) Ur, J. 2004: *Urbanism and society in the Third Millennium Upper Khabur*. Tesis Doctoral inédita. University of Chicago. Chicago.

versión del grupo familiar en la unidad aristocrática (Ruiz 2000: 19). Un elemento simbólico de crucial importancia para el establecimiento y mantenimiento de las relaciones sociales de dependencia es el control de los bienes de importación. Como ha indicado J. Sanmartí (2000, 2001) a partir de la aplicación de los modelos de bienes de prestigio de J. Friedman al mundo ibérico, el control del comercio mediterráneo sirvió en el marco de este proceso como elemento clave para la estabilidad y reproducción del sistema social.

La vinculación a un linaje permitiría, en definitiva, el acceso a los medios de producción, la tierra, de forma que el cliente tiene una cierta libertad para adscribirse a un linaje, pagando a cambio un tributo. Esta relación puede ser de diversas formas e incluso, como la literatura etnográfica se ha encargado de mostrar, el cliente puede romper con los lazos que lo unen a la comunidad y al patrono y abandonar el poblado. En última instancia, el mantenimiento del sistema recae en el éxito del patrono en mantener los lazos de clientela y la decisión del campesino de crear el necesario excedente para tributar a su patrón y que permita el mantenimiento de la élite. Una cuestión de política económica en la que es posible incorporar la decisión del agente (Stanish 2004: 8).

## 2.2. El paisaje

La investigación arqueológica coincide en señalar la importancia del componente espacial y, en particular, las formas en que las sociedades y sus miembros organizan el espacio que habitan. Para ello se emplean distintas formas de observación del paisaje antiguo.

Una de las bases del estudio del paisaje es el análisis de los patrones de asentamiento, tradicionalmente considerado un indicador primario de la complejidad social. Recordemos, dentro de la escuela neo-evolucionista, el trabajo de Flannery (1998: 17), que describe como un signo regional de aparición de sociedades estatales la articulación según patrones de asentamiento con cuatro grados jerárquicos y donde las decisiones administrativas emanan de los tres niveles superiores. Estos criterios han sido empleados en el reconocimiento de las estructuras estatales del área ibérica de la costa catalana (Sanmartí 2001).

Un segundo aspecto de interés es la consideración de que los asentamientos no son puntos aisla-

dos en el paisaje, sino que constituyen lugares donde es más visible la acción humana debido a la recurrencia e intensidad de las prácticas realizadas. Son los lugares arqueológicamente más evidentes, pero no los únicos, puesto que el paisaje es una alfombra continua en que se desarrollan actividades más o menos apreciables en el registro arqueológico como trabajo agrícola, desplazamientos, recolección, etc. A pesar de la dificultad de análisis de este espacio, su estudio es relevante para reconocer la dialéctica sociedad-medio y entender las estructuras económicas y sociales. Obviamente, éstas no se manifiestan de forma prístina, sino que tienen una relación discursiva en la que intervienen condicionantes ambientales, sociales e históricos. El entorno puede condicionar las decisiones humanas, que están motivadas por los esquemas sociales y que modelan un paisaje que es dependiente de los procesos históricos precedentes. Toda esta matriz de factores dibuja una realidad compleja a la que nos aproximamos mediante modelos que no pretenden reconstruir un paisaje antiguo, sino que esquemmatizan la complejidad de una realidad espacial con la finalidad de reflexionar sobre los fenómenos observados (Bartoncello y Nuninger 2002: 45).

Con estos planteamientos, el presente estudio se centrará en la organización del paisaje y su relación con la estructura de la sociedad ibérica en el marco de una relación dialéctica a dos bandas: por una parte la relación discursiva establecida entre la sociedad y el paisaje y por otra parte la dialéctica establecida entre la formación social y el agente, que es en última instancia quien constituye la sociedad y quien modela el paisaje con sus prácticas diarias.

## 2.3. La participación de los agentes

En este trabajo pretendemos incorporar el papel del agente, el individuo, la otra mitad de la estructura social, el cual con sus prácticas diarias tuvo la oportunidad de crear distintas alternativas de dinámica social. Para la observación de esta actuación del agente, nuestra propuesta se aleja de las orientaciones individualistas, evitando caer en el particularismo, el relativismo y la hermenéutica. En su lugar vamos a abordar un estudio de los agentes colectivos, es decir, entender los participantes de la sociedad no como individuos concretos, sino como personas genéricas. En ese sentido, nuestra propuesta se enmarcaría en la línea del actor racional descrita por J. Bell (1992), que propone la observa-

ción de actividades ampliamente compartidas por miembros de la sociedad, especialmente la creación de subsistencias. Esta actividad es predecible en la mayor parte de los miembros de la sociedad (todos necesitamos cubrir nuestras necesidades biológicas y sociales) y deja huellas arqueológicas. Analizando los patrones seguidos por los miembros de un grupo podemos reconocer variaciones pertinentes de las pautas seguidas y su desarrollo a través del tiempo, las cuales nos informarán sobre las decisiones de diversos individuos y grupos según pautas normativas y excepciones.

Proponemos el análisis de las formas del paisaje como la manifestación de las decisiones de los campesinos, las cuales conforman un registro acumulado en una secuencia amplia de tiempo. A través del estudio de su dinámica podemos analizar las prácticas de los agentes que conducirán a la reafirmación o transformación de las estructuras sociales. De esta forma, entendemos el paisaje como un efecto de la agencia. Es la expresión de la toma de decisiones de los individuos en un marco socioeconómico y medioambiental.

Este marco hace intervenir a los participantes de la sociedad de un modo flexible, activo y que ofrece como resultado variaciones en el esquema de funcionamiento de la sociedad ibérica. A. Ruiz (1998, 2000), consciente de la diversidad en la estructura y composición de los paisajes ibéricos ha propuesto la existencia de diversas trayectorias en las relaciones clientelares que configurarían distintas formas de organización del territorio. Nuestra propuesta es la de ofrecer un modelo complementario en el que la estructura clientelar ibérica dejaría espacio para la acción de los agentes, lo cual se expresaría en una variedad concreta de los paisajes y su evolución.

En segundo lugar, proponemos analizar las formas de legitimación ideológica de las relaciones sociales de dependencia. P. Bourdieu y A. Giddens han señalado el papel de la ideología para evitar el conflicto inherente a las relaciones de desigualdad social. Se produce la naturalización de las relaciones, o en palabras de Bourdieu (1998: 7-8) “se transforma la historia en naturaleza y lo cultural y arbitrario en natural”. Estas desigualdades sociales se definen a partir de la manipulación de situaciones cotidianas en las que los individuos con sus prácticas y comportamientos muestran sus posicionamientos particulares.

En el marco del surgimiento del poder en el mundo Ibérico, se está produciendo una transformación de las relaciones interpersonales de los individuos

en relaciones más duraderas a partir de su institucionalización y materialización del nuevo orden. Ello libera a los aristócratas de la continua negociación de las relaciones de poder y permite el incremento de las relaciones de dominación (Bourdieu 1977: 183-197). En una ausencia de instituciones claramente formalizadas, como en el contexto histórico que nos ocupa, una forma de manipulación ideológica puede ser el fomento por parte de los aristócratas de procesos de competición social para favorecer una escalada de riqueza y poder que sirve para negar la existencia de las desigualdades, verdaderas articuladoras del sistema (Dietler 1996: 69). La disparidad de poder es camuflada mediante esta alquimia doméstica que pretende mostrar la armonía entre la estructura del mundo natural y social, lo que Bourdieu (1977: 164) denomina *doxa*.

La manipulación ideológica como estrategia de poder es un aspecto de difícil reconocimiento desde una perspectiva arqueológica, no obstante, existen planteamientos que permiten aproximarnos a estas cuestiones. Para que la ideología se convierta en una fuente de poder efectiva se debe transformar en manifestaciones materiales, como objetos simbólicos, monumentos, etc, de manera que se puede vincular la esfera ideológica con otras dimensiones del poder político y económico a través del estudio de sus manifestaciones y costes materiales (Bourdieu 1980: 191; DeMarrais *et al.* 1996)

Una muestra de este proceso ideológico es la afirmación simbólica del individuo, que trata de definir su propio estatus compitiendo con otros individuos por la adquisición y consumo de bienes de procedencia mediterránea. Los aristócratas pudieron fomentar la competición en la adquisición de bienes de importación, haciendo ver las posibilidades de acceso a una cierta riqueza y estatus, pero en el fondo el control y distribución de estos bienes continuó en sus manos, perpetuando la desigualdad social.

### 3. PROPUESTAS SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD IBÉRICA EN EL AREA ORIENTAL DE IBERIA

#### 3.1. La génesis de un nuevo modelo de sociedad

Durante la Edad del Bronce se habían ido configurando en el área de estudio unas comunidades agropecuarias estables con escasa especialización

económica. Aunque los elementos de hoz y molinos sugieren una base campesina cerealista, el testimonio de otras actividades como el aprovechamiento complementario de rebaños de ovicaprinos principalmente, la recolección y la caza (Trelis 1996), sugieren la diversidad subsistencial como estrategia económica. Estas comunidades están situadas en cerros ligeramente destacados de su entorno, cuyos ejemplos repetidos por la investigación serían El Mas del Corral para el Bronce Medio y La Mola d'Agres y El Puig de Alcoi para los momentos pleno-finales (Hernández Pérez 2005). Se trata de comunidades en las que se observan indicios de dirección política y jefatura que, entre otras funciones, organizarían la erección de obras colectivas como plataformas de acondicionamiento y recintos para el cierre del hábitat.

Estas poblaciones aspirarían a la autosuficiencia, pero requerían ciertos bienes foráneos, como metales, sal u otras materias primas para la producción económica y también elementos de reproducción ideológica, como objetos de prestigio, que debieron de llegar a la zona a través de circuitos de intercambio exterior. Ello situaría a estas poblaciones en un marco de explotación y dependencia respecto de otras comunidades que dispondrían de las fuentes de aprovisionamiento (Jover y López 1999).

Estos canales preestablecidos sirvieron para la llegada de bienes de prestigio durante el Bronce Final Preorientalizante, como los peines de marfil y las fíbulas *Ad Occio* de la Mola d'Agres, lo cual permite señalar la existencia de unas incipientes élites que dispondrían de estos elementos distintivos. Posiblemente la estratificación y desigualdad mostrada mediante estos bienes exclusivos estaría constreñida por las relaciones parentales, que permitirían mantener un elevado grado de cohesión de la comunidad. Ello se manifiesta en algunos rasgos arqueológicos como un patrón de asentamiento de aspecto homogéneo, o muy escasamente jerarquizado, o la parquedad de elementos suntuarios.

A partir del siglo VIII a.C. se asiste a los grandes cambios que supondrán la transformación conducente a la formación de la sociedad ibérica. Por una parte, se produce la apertura de los territorios en estudio a la dinámica comercial originada por las poblaciones semitas que operan en las costas alcantinas. La evidencia de este encuentro comercial es la llegada en importantes cantidades de ánforas fenicias del tipo R1 o Ramón 10.1.1.1. y 10.1.2.1. reconocidas en un buen número de asentamientos

de diversos tipos (Martí y Mata 1992; Grau Mira 2002).

Coincidiendo con esta llegada de productos fenicios se reconoce una notable transformación del paisaje, evidenciada en los patrones de asentamiento y los usos del suelo, que nos dirigen a una reflexión sobre las formas socioeconómicas y políticas subyacentes. En particular se producen formas de asentamiento en el llano circundante a los asentamientos de altura en dos tipos de establecimientos: núcleos dispersos de carácter familiar y asentamientos de tamaño mediano, posiblemente formados por la agregación de diversas casas en unidades de aldea (Grau Mira 2002: 242-246).

Este proceso se observa claramente en el territorio de La Serreta. En el asentamiento de altura se intuye una ocupación inicial en este periodo, arrasada por las ocupaciones posteriores, pero evidenciada por algunos elementos del registro material (Grau Mira 2002: 122-123). En el territorio aparecen por vez primera unidades habitacionales de reducido tamaño situadas en llano (Fig. 2). Ruiz y Molinos (1997: 19), refiriéndose a un proceso semejante de colonización agrícola en el marco del río Salado de Porcuna, señalan que puede deberse a dos razones: bien a la puesta en práctica de la institución clientelar, bien a la salida de una población que se excluye del nuevo sistema de relaciones sociales.

La dinámica que se está observando es la creación de un nuevo modelo territorial en el marco de la redefinición de las relaciones sociales. Y creemos que los núcleos dispersos no son familias que se excluyen del proceso sino que se reinstalan siguiendo nuevas pautas de asentamiento. Nuestra formulación descansa sobre dos evidencias: por una parte la localización de los núcleos dispersos en un cinturón de las proximidades del núcleo principal y no en otras tierras más alejadas que pudieran favorecer la desvinculación del sistema. La segunda prueba es la existencia en los núcleos menores de bienes de importación, ánforas del tipo Ramón 10.1.2.1, que sugieren que están integradas en los circuitos de redistribución de los bienes de importación que debieron controlar las élites de los asentamientos principales. El modelo de intercambio de estos momentos haría difícil pensar en el acceso directo de todos los grupos sociales a los bienes exóticos.

La comunidad local se encuentra en un proceso de redefinición e irá constituyéndose como un asentamiento de altura que se acompañará de una serie



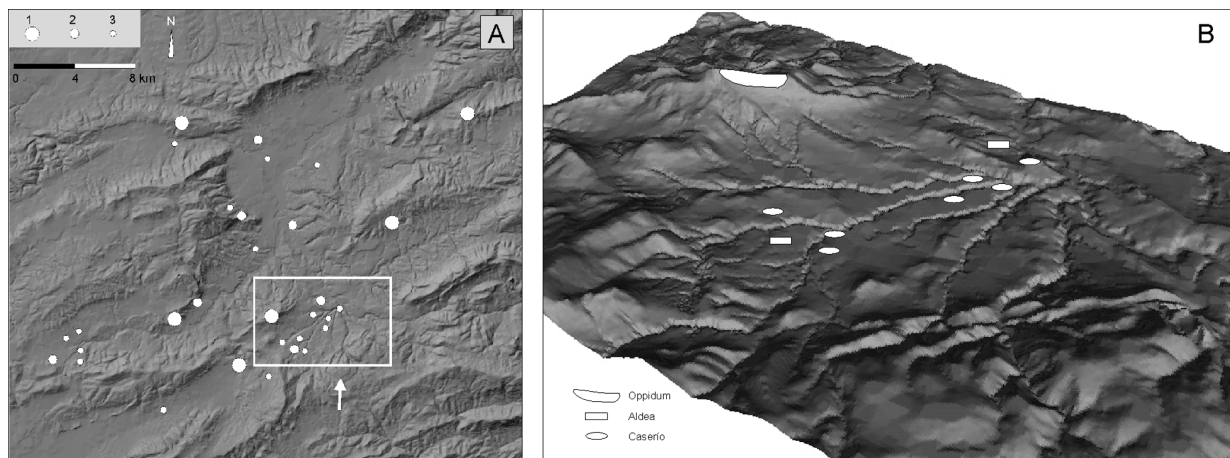


Fig. 2. El paisaje de época orientalizante. 1: *Oppida*, 2: aldeas, 3: caseríos. A. Vista del Valle de Alcoi, la flecha señala el punto de vista de B: el territorio de la Serreta.

de núcleos satélites por una modificación de sus pautas socioeconómicas. Hasta este momento el uso del suelo era básicamente de secano, con un aprovechamiento cerealista mixto escasamente especializado (Buxó 1997: 232-233). Este modelo económico estaba constreñido por condiciones sociales y medioambientales. Entre las primeras estaban las prioridades sociales de autoabastecimiento de las poblaciones y generación de escaso excedente en un marco de relaciones parentales que amortiguaba las desigualdades. Entre las segundas debemos señalar las limitaciones impuestas por el hábitat humano en la montaña que está determinado por la “dimensión vertical” (Grötzbach 1988: 24-26), en que la altitud y el relieve limitan las posibilidades económicas. La rugosidad del terreno condiciona la localización de los distintos recursos a distintos niveles altitudinales. Los suelos agrícolas se sitúan alejados en la vertical del lugar de hábitat añadiendo costes de desplazamiento a los propios del laboreo agrícola. Como resultado las posibilidades de uso se reducen generalmente a modelos extensivos en un cinturón de las proximidades del poblado.

La aparición de los nuevos núcleos de asentamiento del llano permite suponer un cambio del modelo económico hacia fórmulas mixtas en las que se incorporan usos intensivos realizados desde los núcleos dispersos, según suponen los modelos de interrelación de prácticas agrícolas y modelos locacionales (Halstead 1987). Estas prácticas intensivas se documentan a partir de la existencia de halos cerámicos en el entorno de los asentamientos, los cua-

les podrían deberse a las prácticas de abonado con desechos domésticos para mantener la fertilidad de los campos y permitir el trabajo intensivo.

El cambio del modelo económico hacia fórmulas intensivas podría deberse bien a la necesidad de alimentar a una población creciente, bien al desarrollo de nuevos cultivos llegados de manos de los mercaderes semitas, como la vid, que requieren de la fijación al campo de forma estable (Sanmartí y Belarte 2001). También al incremento de la producción agrícola para satisfacer las demandas de una élite que requiere mantenimiento y excedentes para participar de las nuevas fórmulas de intercambio. La coincidencia del proceso de colonización del llano con la incorporación a los circuitos de intercambio nos induce a proponer que se trataría principalmente de las dos últimas razones, toda vez que no existe una expansión generalizada del poblamiento que se pueda relacionar con un sensible aumento demográfico.

Así las cosas, los grupos que se establecen en núcleos dispersos por el campo, desarrollando nuevas formas de producción, pudieron ser la evidencia de los nuevos lazos de clientela. Ello nos llevaría a pensar en la existencia de formas de dependencia que espolearían el incremento de trabajo campesino en las formas de producción agrícola. Cabría analizar qué mecanismos permitirían este sometimiento cuando los grupos eluden la centralización del poblamiento. A nuestro parecer, pudo intervenir la manipulación ideológica de algunos elementos, como la redistribución de bienes de prestigio.

La llegada de los bienes de procedencia medite-

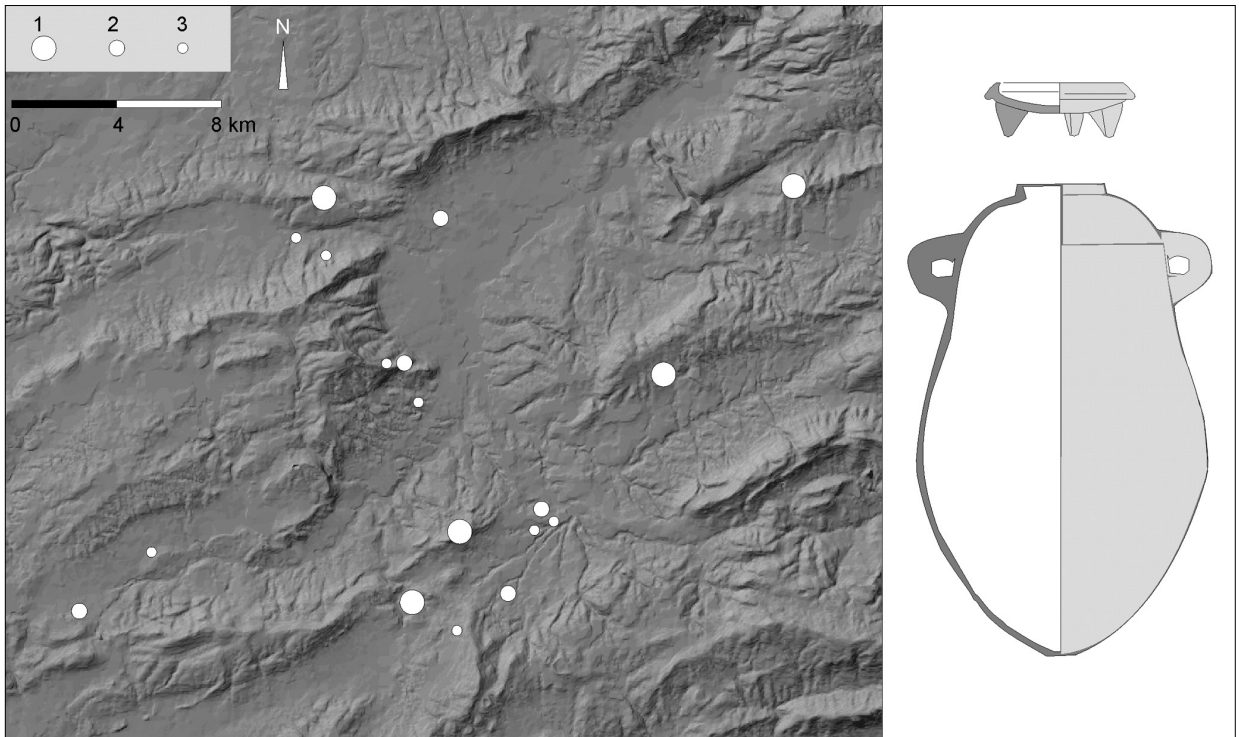


Fig. 3. Distribución de importaciones época orientalizante: boles trípode y ánforas vinarias Ramón 10.1.1.1 y 10.1.2.1. Tipología de poblados: 1: *Oppida*, 2: aldeas; 3: caseríos.

ránea, principalmente el vino envasado en ánforas fenicias (Fig. 3), aparece como una sombra que subyace en el proceso. Posiblemente en este momento se desarrollan nuevas formas redistributivas de los bienes de prestigio que llegan con intensidad creciente. Hasta este momento únicamente se documentaban algunos productos exóticos, como las ciudades fíbulas y peines de la Mola d'Agres, para la ostentación de los jefes. A partir del encuentro con los comerciantes mediterráneos se introduce el consumo del vino y con él la aparición de nuevos patrones de consumo. Los bienes importados no se emplean únicamente para la ostentación personal, ahora se comparten en reuniones sociales lo que produce una ampliación de los beneficiarios de las importaciones. Se ofrece a los miembros de la sociedad la posibilidad de participar en las fiestas en que se consume el vino y con ello se crea una dinámica de desarrollo de la competición. Aquellos campesinos que ofrezcan al linaje mayores porciones de excedente serán los que tendrán como contrapartida una mejor participación en la fiesta y el banquete. Se estaría legitimando la captación del tributo mediante la contrapartida del acceso a los

bienes importados. Una apariencia igualitarista que, sin embargo, está fundamentada en una severa desigualdad pues son los líderes quienes controlan en exclusiva la distribución de bienes de prestigio para destacarse en las prácticas del don al que no pueden corresponder los restantes miembros de la sociedad. Es por ello que la redistribución, enmarcada en la competición por el consumo del vino, podría ser uno de los elementos que permiten la reformulación del don hacia su conversión en tributo como había planteado A. Ruiz.

La adquisición del vino y otros productos valiosos de carácter perecedero requiere una actividad continuada que permita proveer y restituir los bienes consumidos. El patrón de intercambio se intensifica y robustece, pues ya no puede basarse en un contacto esporádico, sino en una relación regular, con mayor o menor frecuencia, que obliga a disponer de excedentes continuados para poder abastecerse de los productos importados con los que mantener el sistema. De ahí la necesidad de promover nuevas formas de producción de carácter intensivo en las que el excedente será captado por los líderes para emplearlo en la adquisición de nuevos produc-

tos importados necesarios para mantener su posición social.

Esta estrategia ideológica de manipulación de la institución del “don” encajaría bien en el contexto histórico de encuentro con los comerciantes mediterráneos y los datos disponibles de aparición de evidencias del consumo de vino importado. El éxito de esta manipulación es incierto, pues es un error asumir que la gente está completamente engañada por las representaciones hegemónicas (Dietler 1996: 69), pero los desarrollos posteriores, como veremos más adelante, permiten suponer que el proceso fue efectivo.

A la luz de esta argumentación, resulta obvia la dependencia del área de estudio del ámbito exterior del que recibe los bienes de prestigio, pero también los nuevos medios de producción como el torno de alfarero o la metalurgia del hierro (Ruiz y Molinos, 1993: 171-178), pues los recursos materiales y las innovaciones que permiten la renovación tecnocultural provienen del exterior. Ello sitúa esta región ibérica como subsidiaria de otras áreas, principalmente del litoral, con las que se integraría en una articulación supraterritorial. Y en esa escala mayor debería integrarse la dinámica sociopolítica. Ahora bien, nuestro interés en este trabajo se centra en el reconocimiento de los entramados de dependencia y explotación que se generan a escala local, entre la base de la sociedad y sus líderes, en el ámbito en el que las relaciones y prácticas cotidianas son más frecuentes y recurrentes, lo que facilita la sedimentación de las formas sociales.

En resumidas cuentas, proponemos diversos modos de participación de los grupos e individuos en el marco de la dinámica de cambio social hacia la formación de las clientelas. Los campesinos que se establecen en el llano pudieron estar obligados por los líderes si su posición de dependencia era severa. También pudieron estar motivados por un afán de participar en las reuniones sociales y adquirir una posición y estatus adecuado reflejado en esta participación competitiva. Incluso podríamos suponer que algunos núcleos dispersos son familias que tratan de excluirse de la nueva estructura social de dependencia. Para ello optarían por aislarse de la comunidad y desarrollar usos del suelo intensivos en que la prioridad social sería la variedad subsistencial de cultivos para el autoabastecimiento. En definitiva, encontraríamos una participación diversificada de los agentes en el marco social propuesto que iría desde la dependencia hasta la exclusión.

Pero el proceso que se ha puesto en marcha hacia situaciones de dependencia es muy difícil de invertir, pues los campesinos verían bloquearse sus mecanismos de autodefensa (Vicent 1998). Los campesinos, por definición, son vulnerables debido a la estrategia de rendimientos diferidos que supone el trabajo del campo, especialmente en los espacios agrícolas de uso intensivo donde las energías fijadas en acondicionamiento y trabajo en la tierra son muy elevadas. Ello haría que fuera preferible someterse a la dependencia antes que huir de ella, pues el coste de la resistencia es mayor que el de la sumisión (Vicent 1998: 836).

Por otra parte, los grupos dominantes pudieron ejercer la coacción sobre los campesinos de su territorio y obligarles a su sometimiento, pues los grupos que han escapado del control también han salido de la seguridad del asentamiento de altura, pero requieren de él para asegurarse la protección de sus vidas y bienes frente al enemigo exterior. Los grupos dirigentes dispondrán en la seguridad y la defensa de un nuevo mecanismo de manipulación ideológica, como veremos más adelante.

Los datos disponibles apenas nos permiten reconocer la dinámica del proceso durante época ibérica antigua y cualquier propuesta debe ser tomada con cautela. Cabe indicar que a fines del siglo VI a.C. se observa un claro declive de la llegada de productos importados debido a la descomposición de los circuitos comerciales fenicios. El intercambio se debilita y desaparecen las importaciones de ánforas, aunque en el siglo V a.C. aparecen algunas vajillas que indicarían cierta continuidad en los intercambios, aunque de forma más débil. Ello nos hace recordar las reflexiones de J. Sanmartí (2001: 119) sobre el carácter inestable de la economía de prestigio ibérica, que requería para su funcionamiento de un aprovisionamiento que dependía fundamentalmente de factores exteriores. La interrupción de la llegada de vino fenicio pudo hacer tambalear la estrategia ideológica basada en el acceso a estos bienes. O generar una respuesta indígena como la producción local de vino una vez que se ha asimilado su tecnología de producción, como se ha atestiguado en el cercano asentamiento de L'Alt de Benimaquí (Guérin y Gómez 2000).

Sea como sea, nuestra propuesta es la tendencia a la configuración de la sociedad clientelar ibérica y un nuevo paso en esta dirección es el afianzamiento de los linajes dominantes, cuyas estrategias ideológicas de legitimación se ampliarán posteriormente hacia otras esferas.

### 3.2. Variaciones regionales en la consolidación de las clientelas

La documentación arqueológica sobre la que basar las propuestas de dinámica social es más abundante para el periodo que se inicia a fines del siglo V a.C. Con la información disponible, hoy en día es posible trazar un panorama en el que se entrelazan algunos elementos claramente relacionados con la consolidación de la sociedad clientelar ibérica y otros que no encajan en los esquemas presentados para otras zonas. Ello nos situaría ante dos posibilidades. La primera nos llevaría a suponer que el desarrollo social de nuestra zona de estudio no había alcanzado el mismo grado de evolución y madurez que las formaciones de otras áreas. La segunda posibilidad, que nos parece más apropiada, sugiere la posible existencia de modalidades en la consolidación clientelar que se adaptan a una misma estructura general de funcionamiento de la sociedad ibérica.

La primera evidencia con que contamos para relacionar las formas sociales con una estructura clientelar procede del paisaje funerario de La Serreta, donde se enterró la población del *oppidum* ibérico entre la primera mitad del siglo IV a.C. y los inicios del siglo III a.C. Aunque las investigaciones siguen en curso, los trabajos publicados sobre la caracterización general del cementerio (Olcina 2000), las primeras campañas (Cortell *et al.* 1993) o el armamento (Reig 2000) nos permiten una lectura preliminar del orden social que articula esta necrópolis. Se cuenta con documentación correspondiente a 80 sepulturas, la mayor parte en hoyos excavados en el terreno y sólo algunas con superestructura en forma de túmulo de mampostería. Esta diferenciación en la tipología de las tumbas y, sobre todo, la composición de los ajuares, permiten observar una clara gradación y estratificación de rangos que, a nuestro parecer, se ajustan a la sociedad clientelar ibérica.

El primer rango de la sociedad estaría representado por dos sepulturas, la número 1 y la 53, cuyos personajes se muestran como aristócratas a caballo y que cuentan con panoplias completas y operativas al uso del típico guerrero ibérico. Además de presentarse como caballeros se pone énfasis en la muestra del estatus con la acumulación de armas, en el caso de la sepultura 1 (Cortell *et al.* 1993), o con la excepcionalidad del trabajo metalúrgico de una falcata damasquinada, en la sepultura 53 (Moltó y Reig 2000). Otros personajes destacados, aunque

sin la categoría de caballeros, son aquellos que muestran su estatus sobresaliente a partir de la acumulación de armas, como los individuos de las tumbas 4 y 11 (Reig 2000: 16), a los que cabría añadir vestigios de infraestructuras construidas en piedra (Cortell *et al.* 1993); la sepultura 11 además posee un extraordinario umbo de escudo con un cuidado trabajo de labra (Cortell *et al.* 1993: fig. 14). Nos encontramos con que un 5% de las sepulturas corresponderían a unos pocos individuos del más alto rango en la sociedad ibérica de su tiempo, los cuales, de forma simultánea o lo largo del tiempo de uso del cementerio, se situarían en la cúspide social.

En un segundo rango se situaría un 31% de las sepulturas que aparecen con armas en sus ajuares. La gradación de este segundo grupo es amplia, pues encontramos desde aquellas tumbas con una sola arma, siempre de carácter ofensivo (falcata o lanza), hasta aquéllas en que aparecen equipos formados por armas ofensivas y defensivas. En cualquier caso siempre se trata de equipamientos plenamente funcionales y listos para ser empleados en combate. No aparecen asociaciones absurdas y las únicas agrupaciones anómalas son las que muestran un exceso de armas, ya descritas, que deben de situarse en un modelo de énfasis de la capacidad de equiparse mostrada por ciertos guerreros (Reig 2000: 112-116).

Debemos advertir que la gradación establecida de forma esquemática atendiendo principalmente al número de armas adquirirá verdadero valor cuando se incorporen otros elementos de juicio que permitan dibujar una verdadera estratificación en este amplio grupo. Ahora queremos destacar que debe ser el segmento principal de la sociedad, es decir, aquellas personas que muestran su pertenencia al grupo dominante mediante la posesión de las armas.

El tercer nivel de sepulturas lo constituiría posiblemente el cuerpo principal de los clientes de variada posición social, que el detallado estudio de la composición de los ajuares deberá definir. Interesa destacar que se trata de tumbas en las que el rango y el estatus de la persona enterrada se mostrarían con otros elementos que no son las armas, quizá debido a su género o actividad. Un segundo caso sería el de aquellos miembros de la sociedad que no tienen el derecho o la capacidad de poseer armas, pero cuyos lazos con el estamento principal les permite acceder al ritual y al espacio funerario. Es decir, es posible que sean los clientes, o una parte de ellos, cuya relación con el aristócrata se perpetúa en el ámbito funerario.

Por último debemos citar el segmento ausente de la necrópolis. Asumimos el presupuesto compartido por buena parte de la investigación de que las necrópolis no reflejan el conjunto de la sociedad ibérica (Chapa 1991; Quesada 1997: 632, con referencias anteriores). Debe de existir un segmento de la población de base que no está representado en la necrópolis porque su rango no le permite tener acceso al espacio funerario. Ello no presupondría la inexistencia de un ritual funerario, sino la variación en los ritos de deposición, con algunas prácticas de escasa visibilidad arqueológica (Morris 1987: 72-75 y 93).

La valoración preliminar de estos indicadores arqueológicos nos permitiría establecer algunas conclusiones. Obviamente, no se trata más que de una aproximación a la composición que dejan entrever algunos de los elementos principales de los ajuares, como el armamento, que es uno de los elementos más importantes para expresar el rango en el seno de la sociedad ibérica (Quesada 1997). Y aunque existen algunos patrones cruzados que impiden asociar directamente las sepulturas y sus ajuares con individuos concretos mientras no se conozcan las particularidades de sexo, edad, número de individuos, etc., de cada tumba, nos parece que del sumario descrito se puede desprender la existencia de un patrón estratificado sobre el que reflexionar.

En segundo lugar, cabría señalar que la atribución de estatus a partir de los elementos del ajuar funerario no necesariamente reflejaría una misma distribución de estos rangos en la sociedad de los vivos. Dicha asociación se debe a los postulados de la Nueva Arqueología y los modelos de Saxe (1971) y Binford (1971), que fueron ampliamente criticados por planteamientos posteriores. Sin embargo, ello no indica que estemos invalidados para hacer lecturas sociales de la documentación funeraria. Sobre el particular, debemos recordar los planteamientos sobre la estructura dual de la sociedad de A. Giddens, que han seguido otros autores para aproximarse a este tipo de información. I. Morris (1987: 39), siguiendo los planteamientos de Pader y Leach, recordaba la distinción de la antropología clásica entre la estructura social y la organización social. La estructura es el modelo ideal de la posición de los individuos, mientras la organización sería la distribución empírica de las relaciones en una situación cotidiana. La estructura es creada mediante el proceso de socialización, de aplicación de las prácticas rituales, y por tanto po-

dríamos aproximarnos a ella mediante la lectura de los patrones funerarios, aunque la variación observada de este modelo ideal es el resultado de las prácticas concretas.

En definitiva, a nuestro parecer, la necrópolis de la Serreta podría mostrar una estratificación social en la que aparecen claramente dos estamentos representados que podrían corresponder a los característicos de la estructura de la sociedad clientelar ibérica. Al respecto, debe realizarse alguna consideración. El segmento de la cúspide de la sociedad ibérica no muestra un rango y estatus de marcada relevancia a partir de las insignias de poder excepcionales como la estatuaria, la presencia de carros, grandes cráteras u otros elementos de énfasis (9) propios de otras regiones. Ello nos lleva a concluir que, bien los símbolos de alto rango están ausentes en la necrópolis por una verdadera inexistencia de acumulación de poder, bien los segmentos destacados de la sociedad se entierran en otros lugares donde muestran su posición con monumentos distintivos. Tal podría ser el caso del monumento turriiforme de l'Horta Major que, de confirmarse su cronología ibérica del siglo IV a.C. (Almagro Gorgea 1984; Abad 2000), mostraría la imagen del poder ibérico que se distingue por su manifestación física y por su segregación espacial.

Si la estratificación social se materializa con matices en el paisaje funerario de la Serreta, no queda tan expresada en la organización del espacio. Ni el paisaje se organiza exclusivamente a partir del *oppidum*, el asentamiento por excelencia de la aristocracia ibérica, ni la trama urbanística presenta formas claras de ordenación clientelar, ni existen muestras claras de segregación residencial de los estamentos dirigentes.

En la Alta Andalucía, la forma residencial básica y exclusiva es el *oppidum*, expresión en el territorio de la sociedad ibérica que ha dado lugar al modelo polinuclear. Algunos ejemplos, como Puente Tablas, han mostrado formas orgánicas de articulación del espacio que expresan la estructura clientelar de la sociedad. Allí se ha podido identificar la segregación residencial del primer nivel de aristocracia y la vinculación de los aristócratas de segundo orden y sus clientes en barrios que desarrollan formas integrales de habitación (Ruiz y Molinos 1993).

(9) La inexistencia de algunos de estos elementos, como el carro, encontraría una explicación lógica en su escasa funcionalidad en el entorno montañoso local; pero no nos referimos al tipo de elemento en sí, sino a la importancia adscrita a su singularidad.

También en los estudios de paisaje y poblamiento del área ibérica del noreste, desde el centro valenciano a la costa catalana, se ha reconocido aspectos muy claros de expresión en el paisaje de las fórmulas de articulación de clientelas. Entre éstas destaca la ubicación de un aristócrata con sus clientes en factorías agrícolas como el Castellet de Bernabé (Guérin 2003) o fortines como el Puntal dels Llops (Bonet y Mata 2002) o la segregación residencial del segmento aristocrático como en la ciudadela aristocrática de Calafell (Sanmartí y Belarte 2001). También en el área catalana se atestigua el control aristocrático de la producción agrícola mediante extensos campos de silos que constituyen estructuras de control del cereal, el producto almacenable y mercantilizable por excelencia. Esta forma específica de captación del excedente se vincula a su uso para el intercambio por los productos mediterráneos, especialmente vino ebusitano, requerido para el mantenimiento de la destacada posición social de las élites (Sanmartí 2001).

Las formas tan orgánicas de ordenación del espacio, con la aparición de las casas y zonas propias de la aristocracia y del control de la producción, no se reproduce ni en los paisajes ni en los *oppida* de la zona de estudio. No es éste el lugar para abordar un escrutinio de los aspectos generales del urbanismo de los núcleos principales del área, sólo queremos señalar el empleo de fórmulas sencillas de articulación del espacio doméstico. No aparecen, o no son tan visibles, las casas de los aristócratas que identificábamos enterrados en la necrópolis descrita. En los *oppida* locales, las casas se disponen en agregaciones poco orgánicas que no constituyen manzanas ordenadas que podamos relacionar con la existencia de lazos clientelares, ni segregación de los espacios de la aristocracia. La mayor parte de las plantas de las casas son estructuras simples de dos o tres habitaciones, lo que mostraría una cierta regularidad en la composición de sus habitantes que también quedaría reflejada en la homogeneidad de sus ajuares.

Los procesos de centralización y urbanización no han alcanzado los niveles de desarrollo del modelo polinuclear andaluz o de los grandes asentamientos de la región septentrional ibérica. La ausencia de estas evidencias aristocráticas de primer orden en el ámbito funerario o urbano podría leerse como la existencia de un grado superior de poder político a nivel regional y que se superpondría al ámbito comarcal aquí analizado. En el estado actual de las investigaciones, carecemos de eviden-

cia para identificar claramente este foco de poder. Quizá habría que valorar la situación del litoral allicantino, donde recientes investigaciones muestran la importancia de los focos ibéricos de la Vila Joiosa (Espinosa *et al.* 2005), Campello (Olcina 2005) o el entorno de la Albufereta (Ortega *et al.* 2005). La dependencia respecto a ese polo litoral es obvia en términos económicos, como la adquisición de bienes de prestigio, y quizá pudo significar una relación mayor estructurada en términos políticos.

De cualquier modo, por lo que interesa al marco de observación de este estudio, la organización del territorio muestra la formación clientelar. El paisaje se organiza siguiendo un modelo jerarquizado y complejo caracterizado por la consolidación de los núcleos urbanos de altura y la localización de un buen número de asentamientos rurales dispersos por una franja de territorio de la periferia de los *oppida*, ni muy próximos, ni demasiado alejados; ni tan cerca para entrar en competencia por la tierra y los recursos, ni demasiado lejos como para sugerir una independencia funcional. Este modelo locacional permite sugerir una ordenación del espacio territorial de la comunidad que permita un óptimo aprovechamiento. Se combinaría una explotación agrícola principalmente extensiva desde los centros de altura y una orientación hacia estrategias intensivas en los núcleos rurales, donde la proximidad al suelo facilitaría una mayor inversión de trabajo en la tierra al reducir los costes de desplazamiento.

No conocemos las características de los núcleos rurales, pero algunos de ellos ofrecen restos superficiales correspondientes a una ocupación dilatada en el tiempo, que en muchas ocasiones arrancaba en el periodo anterior, lo que nos induce a suponer que se trata de asentamientos duraderos que articulaban estructuras parcelarias estables. Esta continuidad del poblamiento y su particular estructura espacial permitirían vincular el proceso de ordenación del paisaje con el de articulación de la estructura social de la clientela, a partir de la simbiosis entre el núcleo principal y los núcleos dependientes. Observemos detalladamente el territorio del *oppidum* de El Puig, representativo del periodo clásico en la zona.

El *oppidum* de El Puig se sitúa sobre un cerro destacado en la estribación montañosa que enmarca por el norte la cubeta conocida como La Canal d'Alcoi, donde se extiende su dominio territorial (Fig. 4). Este espacio constituye una rica zona de producción agrícola que se explotaría directamente desde el poblado principal y desde tres asentamientos rurales situados en los rebordes de la cubeta,

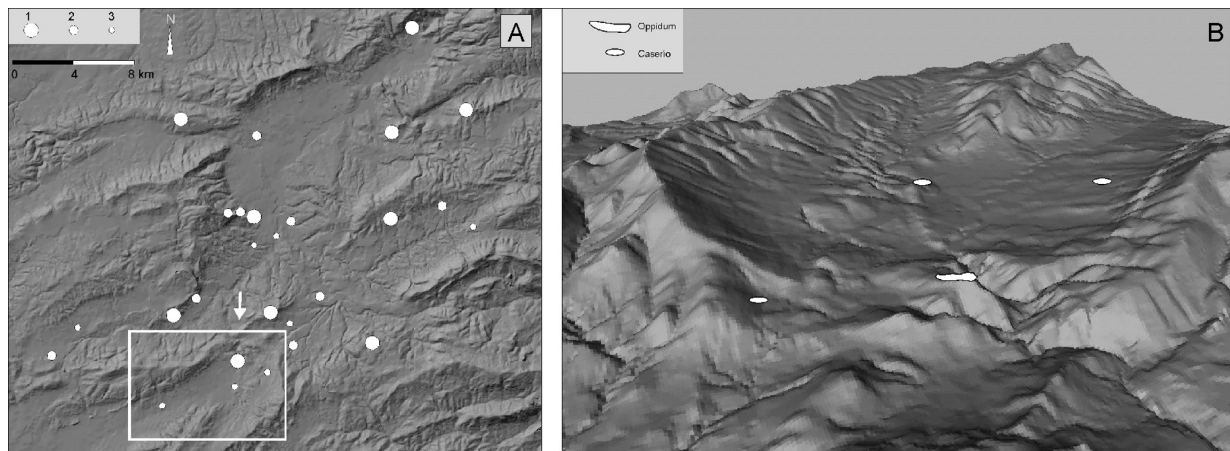


Fig. 4. El paisaje de época plena siglo IV a.C. 1: *Oppida*, 2: aldeas, 3: caseríos. A. Vista del Valle de Alcoi, la flecha señala el punto de vista de B: el territorio de El Puig.

junto a las tierras que no se podrían explotar en régimen de alta intensidad desde el poblado al encontrarse demasiado alejadas. Con ello se logra una estrategia de aprovechamiento intensivo a partir de una deslocalización residencial de la comunidad, que, no obstante, debió de estar ligada por lazos de dependencia que permitirían la apropiación del trabajo campesino.

Alguno de estos núcleos dispersos cuenta con hallazgos de vajillas finas o ánforas de importación, que evidenciarían el consumo de bienes importados y la integración de los asentamientos rurales en las redes de intercambio. Ello nos sitúa ante campesinos de carácter no servil cuya dependencia se basaría en la tributación por el acceso a la tierra del marco de la clientela; cabría precisar la forma precisa en que se produce y los testimonios arqueológicos que la avalarían.

Hasta el momento no se han documentado grandes formas de almacenamiento que certifiquen el control de grandes cantidades de excedente en manos de las aristocracias. Antes bien, frente a las grandes formas de concentración de otras áreas, las formas básicas de almacenamiento del producto agrícola en el área de estudio consisten en el acopio doméstico mediante grandes tinajas y ánforas, como en el resto de la zona valenciana (Pérez Jordá 2000). Ello permite suponer que los aristócratas no habían alcanzado un gran poder de apropiación, que se vería limitado por la resistencia de los campesinos a ceder su capacidad de autogestión y que se evidenciaría en el mantenimiento de sus propias despensas. En este marco habría que escrutar formas más sutiles de apropiación del tributo y man-

tenimiento de la desigualdad. De nuevo fijaremos nuestro punto de atención en aquellos elementos que nos refieren a la manipulación ideológica mediante la materialización de prácticas que ayudarían al afianzamiento de las inercias de comportamiento.

El tiempo de la consolidación de la estructura social ibérica es una época de gran desarrollo comercial que se traduce en la llegada masiva de vajillas cerámicas áticas, importadas desde los centros del litoral (Fig. 5). Este intercambio comercial ha sido estudiado desde variadas perspectivas en el área de estudio (Rouillard 1991; Sala 1995; Grau Mira 2002; Sala *et al.* 2004) principalmente para reconocer la forma y desarrollo del tráfico. No obstante, el uso de estos bienes importados presenta algunas facetas que cabría explorar.

En primer lugar, debemos recordar el proceso selectivo inverso al del primer momento de llegada intensa de productos durante época orientalizante. Ahora no interesa el ánfora, ni por tanto el contenido, sino las vajillas de mesa. Las escasas ánforas documentadas sugieren la llegada de estos productos pero no un excesivo interés. Es posible que la escasez se deba al estado actual de los estudios, pero la carencia se manifiesta incluso en repertorios detalladamente estudiados (Sala *et al.* 2004). Cabría sugerir la llegada de estos productos en otro tipo de envases menos pesados y más apropiados para el tránsito en los caminos de montaña de la región. Pero también podría deberse a la posible selección de la demanda ibérica, orientada hacia las copas y no al vino, una vez que la producción local se pudo haber consolidado, como se ha propuesto para otras áreas ibéricas (Bonet 2005).

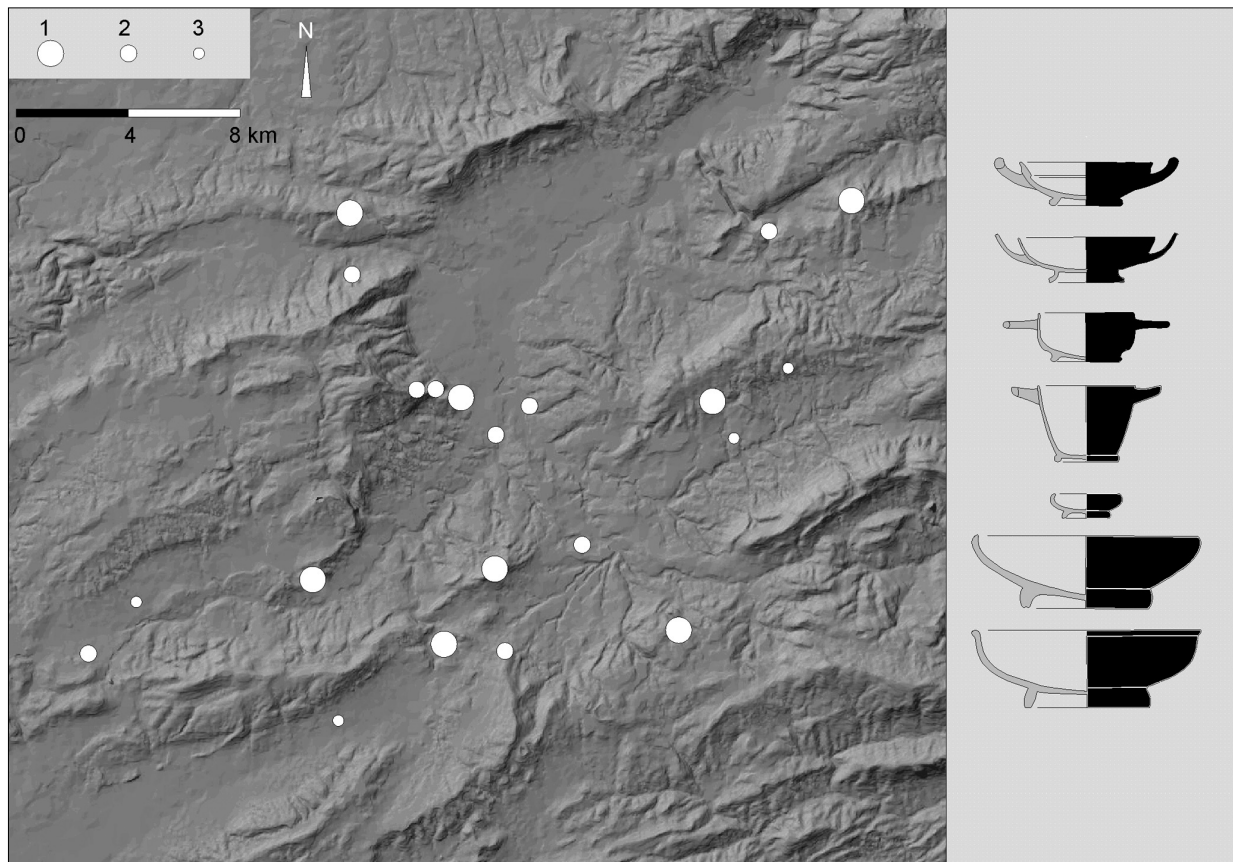


Fig. 5. Distribución de importaciones del siglo IV a.C. Tipología de poblados: 1: *Oppida*, 2: aldeas; 3: caseríos y principales formas de vajilla ática de barniz negro representadas.

Por otra parte, las vajillas que llegan a la zona no son ejemplares de gran valor, sino más bien piezas de factura mediocre. No se trata, por regla general, de piezas cuidadas ni formas de gran tamaño, sino principalmente vajilla fina bastante corriente y que aparece en la mayor parte de los asentamientos de la época. El número de núcleos en que aparecen estas piezas nos sitúa ante una de las mayores densidades de los territorios ibéricos. Ello podría deberse a la cercanía a los núcleos redistribuidores del litoral o al gran número de asentamientos conocidos. Pero también podemos proponer un comportamiento regido por el propio uso de estos bienes que hicieron los grupos locales que controlaban su circulación. En ese sentido, los cambios y la intensidad de la estructura del intercambio podrían traslucir una transformación ideológica en el campo de la competición: ahora no residiría en la posibilidad de acceder o no a la fiesta de consumo de vino, sino en los modos de participación. El acceso al vino parece que pudo haber perdido su sentido de exclu-

sividad y ahora el elemento crítico pudo ser la forma de participación en el banquete, donde el cliente desearía contar con vajillas destacadas con las que mostrar su rango.

La tipología y distribución de piezas de importación puede mostrar que los grupos que controlan el intercambio no priman la creación de una demanda selectiva y de calidad, marcada por la dificultad de acceso a buen vino y buenos vasos importados. Más bien deberíamos pensar en una estrategia de fomento de participantes, entre los que se desarrolla una competición en el acceso a las vajillas de mesa y parafernalia de beber. Con ella los clientes tratarían de mostrar su estatus y mejorar su posición en el seno del grupo durante el acto ritual de la fiesta.

El fomento de estas prácticas representaría la naturalización ideológica de un orden que aparentemente permite la auto-representación de los miembros de la sociedad en un marco de competición abierta con la que pueden incrementar su estatus y riqueza. Bajo esta apariencia igualitaria sub-



yace una base de desigualdad, pues se perpetúa la posición de dominio de los estamentos que controlan la redistribución de los bienes de prestigio. Los clientes acceden a estos productos mediante su vinculación a los linajes y los aristócratas. La economía de bienes de prestigio propuesta por otros investigadores adquiere en este caso una forma concreta que se entrelaza con un trasfondo ideológico competitivo que enmascara la desigualdad y evita mostrar su faceta más dura. Los aristócratas no se manifiestan de forma ostentosa, sino que enmascaran las formas más contundentes de su dominio.

Junto a esta función redistributiva desigual, otra estrategia de manipulación ideológica puede encontrarse en la apropiación de las funciones de defensa y protección de la comunidad. Los aristócratas, los príncipes de la sociedad, se erigen como los protectores del grupo a través de una creación simbólica que ha quedado materializada en una serie de elementos de gran visibilidad arqueológica.

Como hemos visto en la necrópolis de La Serreta, una pauta general de la sociedad ibérica es que los aristócratas se muestran como guerreros armados con completas y ricas panoplias, entre las que destacarían los jinetes como los principales señores. Buena parte de los esfuerzos e inversiones materiales de los grupos dominantes se destinan a la adquisición de panoplias y equipamientos guerreros con los que mostrar el estatus en la sepultura, aunque anteriormente hayan servido en el ámbito de los vivos. Aunque desconocemos el nivel de uso de tales pertrechos, de lo que no cabe duda es de su función representativa e intimidatoria. Son el anverso y reverso de una misma moneda, la función y la representación; los guerreros pudieron o no entrar en combate, pero su estatus y categoría quedaron sellados mediante la representación ideológica de pertenencia al estamento armado.

Un segundo elemento de la materialización de la ideología de la protección se muestra en el desarrollo de complejos programas de construcción de fortificaciones que debieron de suponer un elevado coste por parte de la comunidad. Además de la propia función básica y necesaria de defensa de la población, las fortificaciones adquieren un papel simbólico destacado como emblema del poder localizado en el *oppidum* (Moret 1998). La movilización de recursos indica el poder de concentración y gestión de excedentes y trabajo por parte de los habitantes del *oppidum* y la existencia de un grupo director de la captación y organización del trabajo. Y se está primando la defensa del centro del terri-

torio en detrimento de otras formas de control y estrategia defensiva. Con ello se robustece la relación de dependencia de los asentamientos rurales que requieren la defensa que les proporcionan los *oppida*. Y en ocasiones se enfatiza esta función protectora del *oppidum* mediante fórmulas monumentales en las defensas.

Un ejemplo de énfasis de las construcciones de defensa lo encontramos en el potente torreón de El Puig, en curso de excavación (9). Allí se está exhumando un sistema defensivo cuyo principio básico es la obstaculización del estrecho corredor natural de acceso a la cima del cerro por donde se extiende el poblado. El cierre del paso se realiza mediante la edificación de dos cuerpos constructivos: una estructura curva de mampostería que deben de enlazar con las murallas perimetrales del poblado y un segundo cuerpo formado por un poderoso torreón edificado con sillares recortados, algunos de grandes dimensiones. Interesa destacar la prestancia que adquiere el torreón exterior, que, a su función de cierre del paso de acceso y plataforma elevada para situar defensores, que ya se aseguraba con la construcción curva, debió de unir la capacidad de ser percibido desde todos los puntos del territorio que dominaba el Puig. No de otra manera se explica el tremendo esfuerzo de construcción de un gran torreón de cuidada factura de sillares de grandes dimensiones, junto a otra edificación más recia que por sí misma garantizaba el cierre del espacio. En nuestra opinión, a su papel funcional cabe añadirle una función simbólica de expresión de prestigio y poder de la comunidad.

Este argumento enlazaría con un discurso más general de materialización de una ideología de protección y defensa de la sociedad desarrollada por parte de las elites dominantes. En el contexto de expansión agrícola de las poblaciones ibéricas, relacionada con los cambios tecnológicos, y la consecuente competencia por la tierra y los recursos, es posible suponer un ambiente de inseguridad y necesidad de protección de bienes y territorios (Sanmartí 2001: 106). Sobre este clima de inestabilidad, real o aparente, se extiende un campo abonado para la manipulación simbólica de la necesidad de protección de la comunidad. Como se ha señalado en otros contextos de la Edad del Hierro peninsular (Parceró 2004), este clima es propicio para desviar

(9) Actualmente se desarrolla un proyecto de investigación en el Puig d'Alcoi por parte de un equipo de colaboración entre el *Museu Arqueològic Municipal d'Alcoi* y la Universidad de Alicante, dirigido por J.M. Segura y quien esto suscribe.

las tensiones sociales producidas por una desigualdad creciente hacia un presumible enemigo exterior al que se enfrentarían los aristócratas, sacrificándose en beneficio de la comunidad.

Los aristócratas, que poseen las armas y habitan el centro fortificado del territorio, disponen de los elementos para robustecer los lazos de dependencia de los campesinos mostrando su papel necesario para la protección del grupo. Además, las élites armadas pudieron usar estos mismos elementos no sólo para la defensa, sino también para el control de la población que inerte pudo ser sometida por la fuerza. Ante la dualidad de posibilidades, cabe recordar los planteamientos de M. Godelier al señalar que la base de todo poder político descansa sobre la violencia y el consentimiento, es decir, la amenaza real o potencial y la aprobación para que los que grupos que detentan el poder hagan uso de él a condición de que sea legítimo. Esta segunda fuerza es la más poderosa. Pero ello requiere de una manipulación ideológica por la que se representan los dominadores como servidores de la comunidad: son los garantes del orden y los esforzados miembros que dan más que reciben para proteger al grupo (Godelier 2000: 19).

En definitiva, los elementos para el desarrollo de la dependencia propia de la sociedad clientelar se encuentran claramente establecidos en la ordenación del paisaje ibérico de época clásica y las estrategias de legitimación ideológica. A nuestro parecer, la organización del espacio a partir de la interrelación del *oppidum* con una orla de asentamientos rurales situados en sus proximidades puede reflejar claramente una estructura clientelar. A pesar de la falta de procesos de nucleación absoluta, la red de núcleos rurales es plenamente dependiente de los *oppida* cercanos y pueden integrarse en las formas de relación social de tipo clientelar. Y no sólo refleja la dependencia, sino que contribuye a crearla y recrearla en las situaciones cotidianas.

A nuestro parecer, no debemos interpretar las formas de poblamiento dispersas como señales de resistencia al proceso ni como muestras de la inestabilidad en la formación de relaciones clientelares (Ruiz 1998). La existencia de formas orgánicas y nucleación absoluta del modelo de *oppidum* en la Alta Andalucía responde a una particular forma de organización de la sociedad con su propia trayectoria histórica y sus esquemas sociales y económicos. Mientras que en nuestra área de estudio el modelo vigente dependería de otros factores sociales y modalidades económicas. La variación en las

prácticas agrícolas y su ordenación espacial pudo facilitar formas más laxas de dependencia social, pero plenamente inscribibles en el marco de las relaciones clientelares.

Para neutralizar los procesos centrífugos de erosión del poder social se pudieron establecer las estrategias ideológicas de competición y protección, que aparentemente eran beneficiosas para toda la población, pero que en definitiva naturalizaban un orden social desigual. Proponemos un mayor grado de variabilidad en las posibilidades del marco clientelar, por el que los clientes tendrían posibilidades de elección para redefinir su papel en el seno de la estructura. Las familias que se establecieron en el campo no necesariamente lo hicieron para huir del sistema y de la dependencia social, quizá vieron la posibilidad de extraer beneficios mediante estrategias de explotación distintas que les permitirían mejorar sus condiciones de vida y la auto-representación de su estatus. Los aristócratas pudieron promover este modelo, e incluso instalarse con sus clientes en un núcleo rural, habida cuenta de que la interrelación de la comunidad estaba asegurada a partir del marco ideológico establecido.

### 3.3. Sociedad clientelar ibérica y centralización política

La estructura social de carácter clientelar definida para el periodo clásico del siglo IV desarrolló durante el siglo III a.C. nuevas fórmulas de agregación caracterizadas por la expansión en su cima y en su base. Una vez consolidadas las relaciones sociales de clientela en el ámbito del *oppidum* y sus parcelas territoriales, se produjo una reestructuración a nivel comarcal del esquema de poblamiento. La desaparición de algunos *oppida* como La Covalta y El Puig pudo deberse a la capacidad de atracción de linajes clientelares hacia La Serreta, habida cuenta de la coincidencia de los abandonos con la expansión de este último núcleo (Grau Mira 2002). A resultas, la estructura del poblamiento se organizó en una escala jerárquica de cuatro rangos y estuvo presidida por la ciudad de La Serreta que contó con unas manifestaciones destacadas en las esferas económica, religiosa y de representación política (Olcina *et al.* 1998). La emergencia de La Serreta debe entenderse desde la perspectiva de la formación de un estado arcaico en el área central contestana, formado por la coadunación de las entidades territoriales de los *oppida* de la comarca (Grau Mira 2002; 2005).

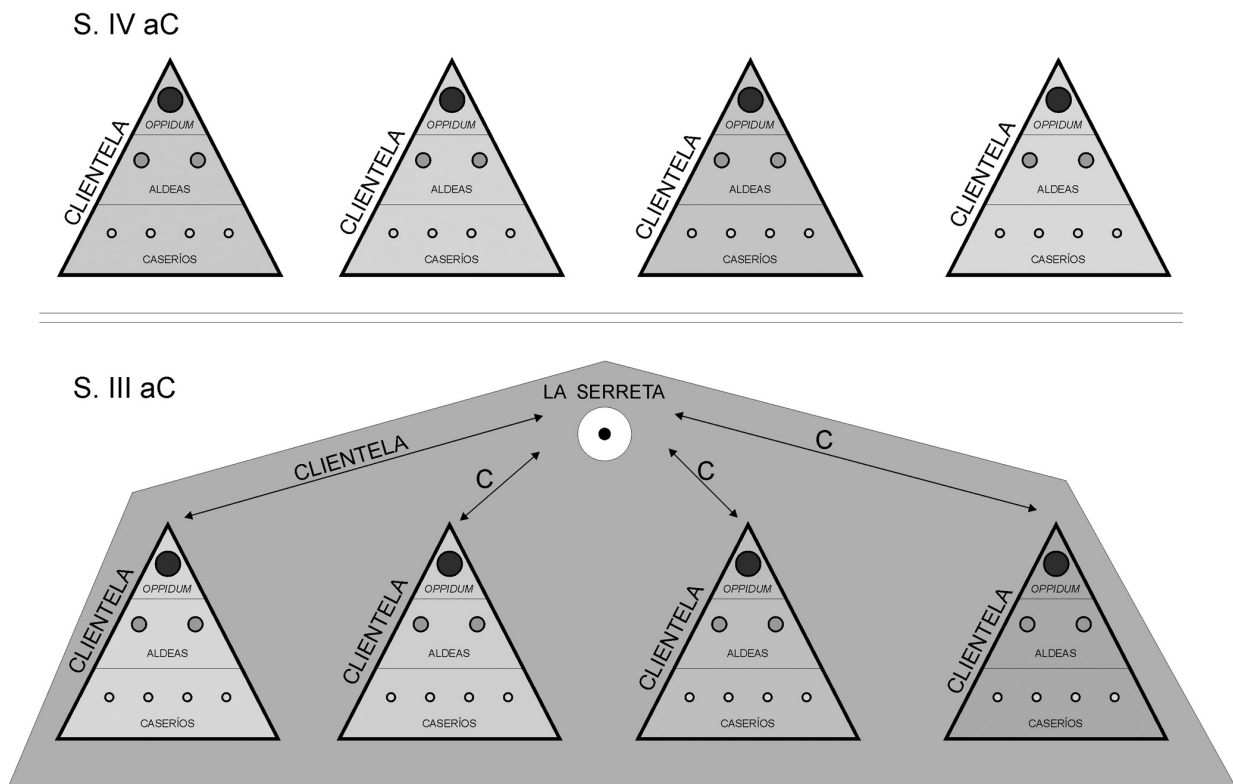


Fig. 6. Esquema interpretativo de la evolución de las clientelas desde el ámbito del territorio del *oppidum* al paisaje urbano presidido por la ciudad de La Serreta en el siglo III a.C.

El paisaje político del área central de la Contestania surge como resultado de una agregación de los territorios de los *oppida* del siglo IV a.C. en el siglo III a.C. (Fig. 6). Posiblemente el mecanismo que modeló este proceso es la extensión de los lazos de clientela y el establecimiento de formas de dependencia entre los linajes dirigentes de la ciudad y de los *oppida* secundarios de forma semejante a la descrita por Ruiz (2000: 18) como clientela de rango territorio. Ello supone la superación del marco de la comunidad local establecido por cada *oppida* en su entorno para constituir una “comunidad imaginaria” en el sentido atribuido por Anderson (1991 en Dietler 1996): una construcción política a la que se tiene que inferir emotividad y que requiere de símbolos que marquen autenticidad (Hobsbawn 1983). Nos situaríamos ante un proceso de creación activa de identidad étnica, a la que hemos dedicado atención en otros trabajos (Grau Mira 2005). Según nuestro planteamiento, la nueva realidad política se sostenía mediante algunos elementos ideológicos que sancionaban el proyecto y

que se encuentran presentes en el registro arqueológico del siglo III a.C.

Uno de los principales mecanismos para facilitar la agregación de las distintas poblaciones del Valle se encontraría en la creación de un paisaje sagrado que enfatizaba la centralidad de La Serreta mediante la ubicación del santuario étnico-político en la cúspide de la ciudad ibérica (Grau Mira 2002). La sanción sagrada de los territorios políticos mediante los santuarios es un fenómeno común que se ha identificado en los procesos territoriales de otras áreas ibéricas como la Alta Andalucía (Ruiz *et al.* 2001) o del Mediterráneo (De Polignac 1986; Alcock y Osborne 1994). Lejos de mantenerse inmutables, las prácticas religiosas se manipulan para participar activamente en la construcción de los mensajes ideológicos de mantenimiento del orden social del momento (Cardete del Olmo 2005: 207-209).

Un segundo elemento que pudo contribuir a la consolidación del paisaje político comarcal es la existencia de un círculo de cerámicas figurativas

narrativas, emparentadas con el estilo Oliva–Lliria, producidas y empleadas en el territorio de La Serreta. Estas cerámicas, propias de las élites urbanas de la sociedad ibérica, se circunscriben a ámbitos geográficos donde a partir del siglo III a.C. se producen procesos de agregación política en torno a las ciudades, como es el caso de *Edeta* (Aranegui 1997; Bonet 2005), *Ilici* (Tortosa 1998) o *Ilunum* (Abad y Sanz 1995), entre otras. La relación de los círculos figurativos con las ciudades ibéricas puede deberse a la producción y uso de cultura material propia dentro de los procesos de creación activa de identidades (Grau Mira 2005). El estilo se convierte en un lenguaje no verbal que transmite mensajes recurrentes de etnicidad y territorialidad (Sackett 1977). Es un elemento distintivo que adquiere importancia en el marco del territorio propio y cuyo uso exclusivo por parte de la comunidad permite identificar a sus miembros y distinguirlos de los vecinos. Estas cerámicas supondrían una materialización de los componentes ideológicos que favorecerían la agregación social entre patronos y clientes y también entre los grupos dirigentes de diversos *oppida*.

La interrelación de los procesos políticos y las manifestaciones ideológicas parece claras en estos elementos arqueológicos del siglo III a.C. como son el santuario y la cerámica figurativa. El tercer mecanismo activo de creación del territorio de La Serreta que queremos destacar nos situaría en la esfera del intercambio y del manejo simbólico de las relaciones de redistribución. Dos tipos de evidencias relacionadas con el intercambio sitúan a La Serreta como el principal enclave del territorio y uno de los más importantes del área ibérica. Por una parte, la existencia de un amplio repertorio de inscripciones en distintos alfabetos ibéricos sobre láminas de plomo y otros soportes (Grau y Segura 1994; Olcina *et al.* 1998) que debe relacionarse con las necesidades de gestión y administración. Por otro lado, la riqueza y variedad de vajillas importadas de procedencia mediterránea (Olcina *et al.* 1998: 39; Sala 1998: 31-32) que constatan la intensidad del intercambio y su importancia entre las actividades de la ciudad. Estas evidencias nos permitirían atribuir a la ciudad un rol redistributivo que en contrapartida permitiría el drenaje de recursos desde el amplio espacio territorial hacia la capital. Habida cuenta del papel de las vajillas en el marco de la reproducción social de las elites ibéricas, el control de estos vasos importados se convierte en un elemento crítico para el establecimiento de una densa

red de dependencias que alcanza todos los grados jerárquicos de la escala de poblamiento. Nos situaríamos, de nuevo, bien ante un amplio uso de las vajillas, bien ante el deseo de acceder a ellas, para fomentar una actitud competitiva entre los campesinos y con ella facilitar la apropiación de la producción agrícola.

En definitiva, tenemos una serie de elementos que permiten la ampliación del marco de actuación de las clientelas y la agregación de los dominios territoriales de los *oppida* para constituir un nuevo espacio político. Esto sucede en el marco cronológico del siglo III a.C., cuando encontramos realidades étnico-políticas semejantes en otros ámbitos de *Iberia* (Ruiz y Molinos 1993; Bonet y Mata 2001; Sanmartí y Belarte 2001). No se nos escapa que esta configuración política acontece cuando en áreas cercanas se están produciendo importantes cambios. Recordemos que desde mediados del siglo III a.C. se asiste al afianzamiento del poder cartaginés en esta zona peninsular, cuyo principal exponente en tierras alicantinas es la fundación de El Tossal de Manises para el control efectivo del litoral (Olcina 2005).

La fluctuación del poder a escala regional sin duda debió de influir decisivamente en nuestra área de estudio. Al respecto podríamos aducir que la emergencia de La Serreta pudo verse condicionada por esta presencia cartaginesa en las áreas litorales próximas, quizá como la potenciación bárquida de una capital interior que sirva a sus intereses regionales, a través de diversos mecanismos como el control territorial, la centralización de las actividades de intercambio, etc.

De cualquier forma, la participación creciente de las potencias mediterráneas, cartaginesa primero, romana después, introduce un elemento determinante para el posterior desarrollo de las sociedades ibéricas. Ello nos sumerge en un escenario y contexto distinto que requiere aproximaciones particulares en que se valore la creciente influencia externa, por ello creemos conveniente detener en este punto nuestra propuesta de lectura social de la dinámica ibérica.

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES

En las páginas precedentes hemos pretendido analizar el desarrollo social contestano desde un marco explicativo plural en el que hemos tomado en cuenta las estructuras clientelares como rectoras

del proceso constitutivo de la sociedad ibérica. Desde una perspectiva arqueológica, es posible analizar los elementos que representarían en la cultura material esta determinada estructura social. De ese modo, la configuración de los *oppida*, la construcción de los paisajes o el uso y distribución de los bienes de prestigio, por citar algunos elementos propios del registro material ibérico, serían reflejo del desarrollo de las formas clientelares ibéricas. Pero no sólo son el reflejo de esta sociedad, también tienen un rol activo, pues estas realizaciones materiales transmiten los preceptos sociales que permiten a los individuos participar de la sociedad, se transfieren los códigos culturales y se enmarca la acción de los hombres. El *oppidum* es el reflejo de la sociedad clientelar ibérica en el campo del poblamiento, pero al mismo tiempo es el marco en el que se socializan los iberos y, por tanto, el espacio construido y ordenado de esta manera participa de la creación de la sociedad ibérica.

Dentro de este marco estructural, hemos tratado de comprender como podría participar la gente, que es la que en última instancia constituye la sociedad. La sociedad clientelar ibérica no es un ente corporizado, sino un entramado de relaciones entre individuos que en sus prácticas diarias conforman y constituyen ese modelo concreto de sociedad. Para ello hemos seleccionado algunos elementos materiales que habrían sido utilizados para crear unas determinadas condiciones que permitieran el mantenimiento del entramado social. Nos hemos referido a elementos que representan la materialización de la ideología ibérica, como es la distribución de bienes de prestigio o la ideología de la protección en manos de los aristócratas. Ambos elementos cuentan con la importancia reconocida por la investigación del mundo ibérico y adquieren en esta etapa histórica una relevancia fundamental.

Nos interesan estos elementos no únicamente como reflejo de una determinada estructura social, sino también porque su empleo en un cierto marco de uso permitió el mantenimiento o modificación de esta estructura. Las vajillas de importación, por ejemplo, tradicionalmente se han interpretado como la muestra de un orden desigual de la sociedad en la que los grupos sociales muestran su rango con la posesión y uso de estas piezas. De acuerdo, pero tengamos también en cuenta que la manipulación de estos elementos materiales permite la construcción de esta sociedad desigual, al ser los individuos quienes incorporan las prácticas cotidianas que consolidan las posiciones sociales.

El lector habrá advertido que en la propuesta de la evolución del área de estudio hemos escogido una perspectiva endógena del cambio social, limitando el foco de atención al marco local y dando una menor importancia a la interrelación con las dinámicas seguida por otras regiones vecinas o las influencias llegadas desde los poderes que actúan regionalmente, como las poblaciones de la zona costera abierta al Mediterráneo. No cabe duda de que esta influencia está implícitamente presente en numerosos aspectos de este estudio, pues el desarrollo y control de los intercambios está muy condicionado por la llegada de los comerciantes y sus productos a las costas cercanas. También la existencia de poderes territoriales ibéricos vecinos influiría en los proyectos políticos del área de estudio. Pero en última instancia, nos ha interesado explorar la dinámica social que contribuyó a modelar las relaciones entre grupos e individuos, siempre bajo unas determinadas circunstancias estructurales y coyunturales.

Por último, nuestra contribución ha tratado de mostrar las tendencias y diferencias en un proceso común de los iberos hacia la configuración de una sociedad clasista en la que se produjo la aparición y consolidación de formas centralizadas de organización política, conducentes a la consolidación de estados arcaicos. Bajo ritmos, modalidades y estructuras distintas, las poblaciones de *Iberia* fueron configurando sociedades semejantes aunque con particularidades debidas a sus tradiciones históricas, influencias exteriores y la diferente actuación de los agentes en su marco institucional.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L. 2000: "L'Horta Major". En *Catàleg del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó*. Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó d'Alcoi. Alcoi: 121-124.
- ABAD, L. y SANZ, R. 1995: "La cerámica ibérica con decoración figurada de la provincia de Albacete. Iconografía y territorialidad". *Saguntum* 29: 73-92.
- ABAD, L.; SALA, F. y GRAU, I. (eds.) 2005: *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante. Alicante.
- ALCOCK, S. y OSBORNE, R. (eds.) 1994: *Placing the gods. Sanctuaries and Sacred Space in Ancient Greece*. Oxford.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1982: "El monumento de Alcoy: aportación preliminar a la arquitectura funeraria ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 39: 161-210.

- 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ANDERSON, B. 1991: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso. London.
- ARANEGUI, C. (Ed.); MATA, C. y PÉREZ, J. 1997: *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*. Cátedra. Madrid.
- BARTONCELLO, F. y NUNINGER, L. 2002: "Simulations et modèles d'analyse spatiale. Compte rendu de l'école thématique de Montpellier, 17-21 octobre 2001". *Ager* 11: 39-46.
- BELL, J. 1992: "On Capturing Agency in Theories about Prehistory". En J.C. Gardin y C.S. Peebles (eds.): *Representations in Archaeology*. Indiana University Press. Bloomington: 30-55.
- BERROCAL RANGEL, L. y GARDES, P. (ed.) 2001: *Entre Celtas e Iberos: las poblaciones prehistóricas de las Galias e Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 8. Madrid.
- BINFORD, L. 1971: "Mortuary Practices: their study and their potential". En J.A. Brown (ed.) *Approaches to the social dimensions of Mortuary Practices*. Washington: 6-29.
- BINTLIFF, J. 2001: *A Companion to Archaeology*. Oxford.
- BONET, H. 2005: "La Contestania y La Edetania. Diferencias y afinidades culturales". En L. Abad, F. Sala y I. Grau (eds.): *La Contestania Iberica, treinta años después*. Universidad de Alicante. Alicante: 53-72.
- BONET, H. y MATA, C. 2001: "Organización del territorio y poblamiento en el País Valenciano entre los ss. VII al II a.C.". En L. Berrocal-Rangel y Ph. Gardes (ed.): *Entre Celtas e Iberos: las poblaciones prehistóricas de las Galias e Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 8. Real Academia de la Historia. Madrid: 175-186.
- 2002: "El Puntal dels Llops. Un fortín edetano". *Trabajos varios del S.I.P.* Diputació de Valencia. Valencia.
- BOURDIEU, P. 1977: *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press. Cambridge.
- 1980: *El sentido Práctico*. Taurus. Madrid.
- 1998: *La domination masculine*. Seuil. París.
- BUXÓ, R. 1997: *Arqueología de las plantas*. Crítica. Barcelona.
- CARDETE DEL OLMO, M.C. 2005: *Paisajes mentales y religiosos: La frontera suroeste arcadia en épocas arcaica y clásica*. Archaeopress. Oxford.
- CHAPA, T. 1991: "La Arqueología de la Muerte: planteamientos, problemas y resultados". En *La Arqueología de la Muerte. Metodología y perspectivas actuales*. Universidad de Córdoba. Córdoba: 13-38.
- CORTELL, E.; JUAN, J.; LLOBREGAT, E.; REIG, C.; SALA, F. y SEGURA, J.M. 1992: "La necrópolis ibérica de La Serreta. Resumen de la campaña de 1987". *Trabajos Varios del S.I.P.* 89: 83-116.
- DEMARRAIS, E.; CASTILLO, L.J. y EARLE, T. 1996: "Ideology, Materialization and Power Strategies". *Current Anthropology* 37-1: 15-31.
- De POLIGNAC, F. 1984: *La naissance de la cité grecque*. La Découverte. Paris.
- DIETLER, M. 1996: "Early "Celtic" socio-political relations: ideological representation and social competition in dynamic comparative perspectives". En B. Arnold y D.B. Gibson (eds.): *Celtic Chiefdom, Celtic State. The evolution of complex social systems in prehistoric Europe*. Cambridge: 64-71.
- DOBRES, M. y ROBB, J. (eds.) 2000: *Agency in Archaeology*. Routledge. London.
- 2005: "Doing Agency: Introductory Remarks on Methodology". *Journal of Archaeological Method and Theory* 12, 3: 159-166.
- DORNAN, J.L. 2002: "Agency and Archaeology: Past, Present, and Future Directions". *Journal of Archaeological Method and Theory* 9, 4: 303-329.
- ESPINOSA, A.; RUIZ, D. y MARCOS, A. 2005: "Nuevas aportaciones al conocimiento de la Vila Joiosa en época ibérica". En L. Abad, F. Sala y I. Grau (eds.): *La Contestania Iberica, treinta años después*. Universidad de Alicante. Alicante: 179-198.
- FLANNERY, K.V. 1998: "The Ground Plans of Archaic States". En G.M. Feinman y J. Marcus (eds.): *Archaic States*. Santa Fe: 15-58.
- 1999: "Process and agency in early state formation". *Cambridge Archaeological Journal* 9 (1): 3-21.
- GIDDENS, A. 1984: *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Polity Press. Cambridge.
- GODELIER, M. 1998: "Funciones, formas y figuras del poder político". En C. Aranegui (ed.): *Congreso Internacional Los Iberos, Príncipes de Occidente (Barcelona, 1998)*: 25-34. Barcelona.
- 2000: "Chefferies et l'État, une approche anthropologique". *Les Princes de la Protohistoire et L'Emergence de L'État. Actes de la Table Ronde Internationale de Naples (1994)*: 19-30. Nápoles.
- GRAU MIRA, I. 2002: *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*. Universidad de Alicante. Alicante.
- 2005: "Espacios étnicos y políticos en el área oriental de Iberia". *Complutum* 16: 105-123.
- GRAU MIRA, I y SEGURA MARTÍ, J.M<sup>a</sup>. 1994-1995: "Las inscripciones ibéricas de La Serreta y su contexto arqueológico". *Arse* 28-29: 117-127.
- GRÖTZBACH, E. 1988: "High Mountain as human habitat". En N.J.R. Allan, G.W. Knapp y C. Stadel (eds.): *Human Impact on Mountains*. Rowman and Littlefield. Totowa: 14-26.
- GUÉRIN, P. 2003: "El Castellet de Bernabé y el horizonte Ibérico Pleno edetano". *Trabajos varios del S.I.P.* Diputació de Valencia. Valencia.
- GUÉRIN, P. y GÓMEZ BELLARD, C. 2000: La producción de vin dans l'Espagne préromaine. *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del Ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*. Ac-

- tas del XXII Col.loqui Internacional per a l'estudi de L'Edat del Ferro. Girona, 1999: 379-387.
- GUITART, J. y PALET, J. M. 2003: *Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental: actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès, El Vendrell, del 8 al 10 de novembre de 2001*: 39-57. Barcelona.
- HALSTEAD, P. 1987: "Traditional and ancient rural economy in Mediterranean Europe: plus ça change?", *Journal of Hellenic Studies* 107: 77-87.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. 2005: "La Contestania Ibérica desde la Prehistoria". En L. Abad, F. Sala y I. Grau (eds.): *La Contestania Iberica, treinta años después*. Universidad de Alicante. Alicante: 17-36.
- HOBBSAWN, E. J. 1983: "Introduction: Inventing Traditions". En E.J. Hobsbawn y T. Tánger (eds.): *The Invention of Tradition*. Cambridge: 1-14.
- HODDER, I. 2000: "Agency and individuals in long-term processes". En M. Dobres y J. Robb (eds.): *Agency in Archaeology*. Routledge. London: 21-33.
- HODDER, I. y HUDSON, J. 2003: *Reading the past: Current approaches to interpretation in archaeology*. Cambridge University Press. Cambridge.
- JOHNSON, A. G. 1995: *The Blackwell Dictionary of Sociology*. Blackwell Publishing, Oxford.
- JOHNSON, M. 1989: "Conceptions of Agency in Archaeological Interpretation". *Journal of Anthropological Archaeology* 8: 189-211.
- 2000: *Introducción a la teoría en Arqueología*. Ariel. Madrid.
- JOVER, J. y LÓPEZ, J. 1999: "Campesinado e Historia". *Archivo de Prehistoria Levantina XXIV*: 273-313.
- MARTÍ, M.A. y MATA, C. 1992: "Cerámicas de tipo fenicio occidental en las comarcas de L'Alcoià y El Comtat (Alacant)". *Saguntum-PLAV* 25: 103-117.
- MARTÍN, A. y PLANA, R. 2001: *Territorio polític y territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental. Actes de la taula Redona celebrada a Ullastret*. Monografies d'Ullastret 2. Ullastret.
- MOLTÓ, S. y REIG, C. 1996: La sepultura 53 de la necrópolis ibérica de La Serreta. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5: 121-135.
- MORATALLA, J. 1994: "La agricultura de L'Alcoià-Comtat en época ibérica: datos para su estudio". *Recerques del Museu d'Alcoi* 3: 121-133.
- MORET, P. 1998: "'Rostros de piedra'. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones ibéricas". En C. Aranegui (ed.): *Congreso Internacional Los Iberos, Príncipes de Occidente (Barcelona, marzo 1998)*: 83-92. Barcelona.
- MORRIS, I. 1987 *Burial and ancient society: The rise of the Greek city-state*. Cambridge University Press. Cambridge.
- OLCINA, M. 2000: "La Serreta". En J.E. Aura y J.Mª Segura (eds.): *Catàleg. Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó*. Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Montó d'Alcoi. Alcoi: 105-112.
- 2005: "La Illeta dels Banets, El Tossal de Manises y La Serreta". En L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.): *La Contestania Iberica, treinta años después*. Universidad de Alicante. Alicante: 147-177.
- OLCINA, M.; GRAU, I. y MOLTÓ, S. 2000: "El sector I de la Serreta: noves perspectives al voltant de l'ocupació de l'assentament". *Recerques del Museu d'Alcoi* 9: 119-144.
- OLCINA, M.; GRAU, I.; SALA, F.; MOLTÓ, S.; REIG, C. y SEGURA, J.M. 1998: "Nuevas aportaciones a la evolución de la ciudad ibérica: el caso de La Serreta". En C. Aranegui (ed.): *Congreso Internacional Los Iberos, Príncipes de Occidente (Barcelona, marzo 1998)*: 35-46. Barcelona.
- ORTEGA, J.R.; ESQUEMBRE, M.A.; CASTELLÓ, y MOLINA, F. 2005: "La intervención arqueológica en el encauzamiento del barranco de La Albufera (Alicante). Avances en el conocimiento del mundo ibérico en el Cerro de las Balsas y su entorno". En L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.): *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Universidad de Alicante. Alicante: 297-304.
- PARCERO, C. 2004: *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del noroeste ibérico*. Col. Monografías Ortegalia 1. Santiago de Compostela.
- PAUKETAT, T. 2001: "Practice and history in archaeology". *Anthropological Theory* 1(1): 73-98.
- PÉREZ JORDÁ, G. 2000: "La conservación y la transformación de los productos agrícolas en el Mundo Ibérico". *III Reunión sobre la economía en el Mon Ibèric (Valencia, 1999)*. *Saguntum-PLAV*, extra 3: 47-68.
- QUESADA, F. 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monografies Instrumentum 3. Montagnac.
- REIG, C. 2000: "El armamento de la necrópolis ibérica de La Serreta de Alcoi (Alicante, España)". *Gladius XX*: 75-117.
- RITZER, G. y GINDOFF, P. 1994: "Agency-structure, micro-macro, individualism-holism-relationism: A metatheoretical explanation of theoretical convergence between the United States and Europe". En P. Sztompka (ed.): *Agency and structure: Reorienting social theory*. Gordon and Breach. Yverdon Switz: 3-23.
- ROBB, J. 2004: "Agency. A personal view". *Archaeological Dialogues*, 11 (2): 103-107.
- ROUILLARD, P. 1991: *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII au IV siècle avant Jésus-Christ*. Publications du Centre Pierre Paris, 21. París.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. 1998: "Los príncipes Iberos. Procesos económicos y sociales". En C. Aranegui (ed.): *Congreso Internacional Los Iberos Príncipes de Occidente (Barcelona, marzo, 1998)*: 285-300. Barcelona.
- 2000: "El concepto de clientela en la sociedad de los

- príncipes". En *III Reunió sobre Economia del Món Ibèric. Saguntum-PLAV*, extra 3: 11-20.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M. 1993: *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Crítica. Barcelona.
- 1997: "Sociedad y territorio en el alto Guadalquivir entre los siglos VI y IV a.C.". En J. Fernández Jurado, P. Rufete Tomico y C. García Sanz (coords.): *La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI-IV a. C.): actas de las jornadas celebradas en el Foro Iberoamericano de La Rábida (Palos de la Frontera, Huelva), 16 al 18 de marzo de 1994*: 9-30. Huelva.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M.; GUTIÉRREZ, L.M. y BELLÓN, J. P. 2001: "El modelo político del pago en el Alto Guadalquivir (S. IV-III a.n.e.)". *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental. Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret. Monografies d'Ullastret* 2: 11-22. Girona.
- RUIZ, A. y SANMARTÍ, J. 2003: "Models comparats de poblament entre els ibers del nord i del sud". En J. Guixart y J.M. Palet (eds.): *Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental: actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès, El Vendrell, del 8 al 10 de novembre de 2001*: 39-57. Barcelona.
- SACKETT, J. 1977: "The meaning of style in Archaeology: A general model". *American Antiquity*, 42: 369-380.
- SAITTA, D. J. 1994: "Agency, class, and archaeological interpretation". *Journal of Anthropological Archaeology* 13 (3): 201-227.
- SALA, F. 1995: *La cultura ibérica de las comarcas meridionales de la Contestania entre los siglos VI y III a. de C.* Diputación de Alicante. Alicante.
- 1998: "Los problemas de caracterización del s. III a.C. en los yacimientos de la Contestania". *Arqueo-Mediterránea*, 4: 29-48.
- SALA, F.; GRAU, I.; OLCINA, M. y MOLTÓ J. 2004: "El comerç d'àmfores en època protohistòrica i ibèrica a les terres de la Contestania". *Arqueomediterrània* 8: 229-251.
- SANMARTÍ, J. 2000: "Les relacions comercial en el món ibèric". *III Reunió sobre Economia del Món Ibèric. Saguntum-PLAV*, extra 3: 307-328.
- 2001: "La formació i desenvolupament de les societats ibèriques a Catalunya". *Butlletí Arqueològic* 23: 101-132.
- "From local groups to early states: the development of complexity in protohistoric Catalonia". *Pyrenae* 35: 7-42.
- SANMARTÍ, J. y BELARTE, C. 2001: "Urbanización y desarrollo de estructuras estatales en la costa de Cataluña (siglos VII-III a.C.)". *Entre Celtas e Iberos: las poblaciones prehistóricas de la Galias e Hispania. Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 8. Madrid: 161-174.
- SAXE, A. A. 1971: "Social dimensions of mortuary practices in a Mesolithic population from Wadi Halfa, Sudan". En J.A. Brown (ed.): *Approaches to the social dimensions of Mortuary Practices. Memoirs of the Society for American Archaeology* 25. Washington, DC: 39-57.
- STANISH, C. 2004: "The evolution of Chiefdoms: An Economic Anthropological Model". En G.M. Feinman y L.M. Nicholas (eds.): *Archaeological Perspectives on Political Economies*. University of Utah Press. Salt Lake City: 7-24.
- TORTOSA, T. 1998: "Los grupos pictóricos en la cerámica del sureste y su vinculación al denominado estilo Elche-Archena". En C. Aranegui (ed.): *Congreso Internacional Los Iberos Príncipes de Occidente (Barcelona, marzo 1998)*: 207-216. Barcelona.
- TRELIS, J. 1996: "La Edad del Bronce". En *Historia de L'Alcoià, el Comtat y la Foia de Castalla I Mediterráneo*. Alicante: 85-96.
- VALERA, A. C. 2004: "Arqueología e teoria de aççao: notas sobre umma relação ainda recente". *Era-arqueologia* 6: 116-130.
- VICENT, J. M., 1998. "La Prehistoria del modo tributario de producción". *Hispania* 58 (3): 827-843.